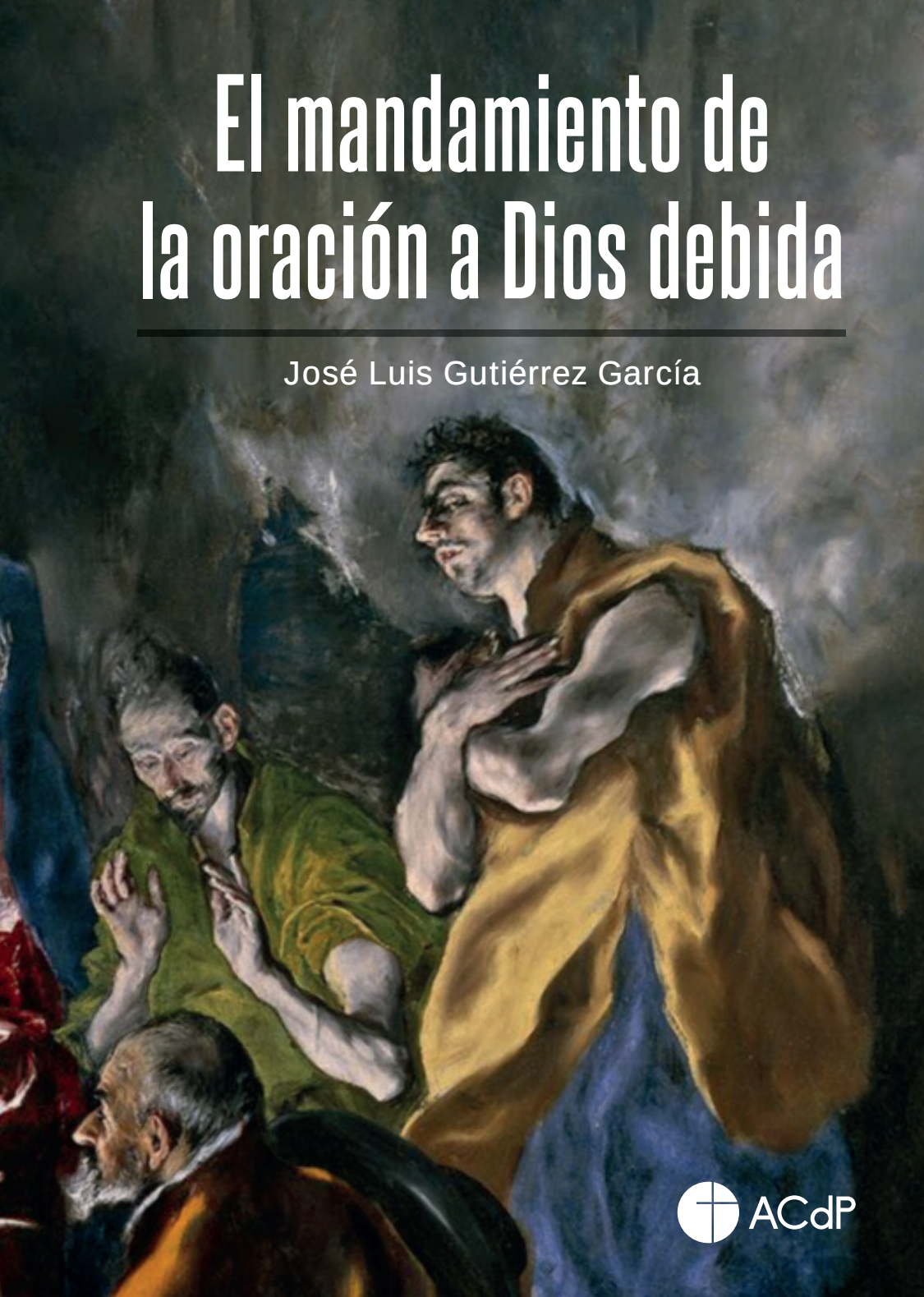
El mandamiento de la oración a Dios debida

José Luis Gutiérrez García



ACdP

El mandamiento de la oración a Dios debida

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), fundada en 1909, es una agrupación de seglares católicos con personalidad jurídica eclesiástica y civil, cuyo carisma se orienta al apostolado católico, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos. El propagandista antepone su compromiso cristiano y su afán de testimonio evangélico a cualesquiera otras consideraciones e intereses, adoptando actitudes inequívocas en favor de la verdad y la justicia y en defensa de la persona humana.

Asociación Católica de Propagandistas

El mandamiento de la oración a Dios debida

José Luis Gutiérrez García

ACdP

Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC® (papel extraido de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta editorial es miembro de UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

El mandamiento de la oración a Dios debida

© de los textos, José Luis Gutiérrez García, 2022
© de la edición, Asociación Católica de Propagandistas, 2022

CEU Ediciones
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación y Cubierta: Andrea Nieto Alonso (CEU *Ediciones*)

ISBN: 978-84-19111-05-0
Depósito legal: M-10017-2022

Imprime: Forletter, S. A.
Impreso en España | Printed in Spain

«Al que está sentado en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos... Y los ancianos se postraron y adoraron» (Apoc 5,13-14).

Índice

Prólogo 11
Nota previa 13

1. «Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él solo servirás» 15
2. «Adorarás al Señor, tu Dios, en espíritu y verdad» 27
3. Adoremos a la Santísima Trinidad 37
4. Adoremos al Padre eterno 45
5. Adoremos a Jesús, Dios y hombre verdadero 55
6. Adoremos al Espíritu Santo 65
7. La plenitud divina de la adoración cristiana 77

Prólogo

No puedo dejar de pensar en estos versos de T. S. Eliot al leer este último escrito de D. José Luis Gutiérrez García:

> «Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia,
> toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte,
> pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios.
> ¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo?
> ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?
> ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?»
> (T. S. Eliot, en *Los coros de la piedra*)

Y no puedo, porque en los escritos de D. José Luis me encuentro no solo con palabras, sino con la palabra de un creyente. Porque su vida evidencia que lo que escribe está en concordancia con su fe.

Para el autor algo está cayendo en el olvido en la vida de los hombres. El desarrollo y el avance de lo técnico sobre las humanidades, la distancia entre la realidad, la tierra, las estrellas, el cielo, la vida humana encerrada y replegada con frecuencia..., hace que ya no podamos hablar con la realidad cercana o, por lo menos, la dificulta notablemente. No sólo ya con dicha realidad sino, lo que es peor, con uno mismo, con los deseos que anidan en el corazón y que se despiertan en el contacto con la vida.

En este libro se puede encontrar un itinerario altísimo, fino y delicado que nos lleva, casi sin querer, como por connaturalidad, a la contemplación de Dios. Eso es por sí solo un motivo para su lectura y reflexión. Es como si con sus escritos el que escribe nos dijera: «Quiero vivir a la altura de mi deseo infinito». Pero la persona que viene al mundo normalmente llega con los grandes interrogantes de la existencia: se pregunta de dónde viene, tiene la dificultad de saber por qué se muere, por qué hay tanto dolor, qué quiere decir tener amigos, saber acerca de la verdad y la mentira, acerca del bien y del mal... ¿Habrá algo que resista el paso del tiempo?

¿Algo capaz de vencer y salvar a este mundo y sus hombres sometidos a la muerte, el dolor y el paso del tiempo?

Aquí se descubre audaz. En un mundo como el nuestro, donde se pone en duda toda verdad dogmática, toda relación con lo trascendente, D. José Luis nos ofrece un manual que, en plena conexión con la tradición de la *lex orandi* y la *lex credendi*, nos lleva a la adoración y a la celebración de un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad que nos habita y hace de nosotros templos vivos para su gloria y alabanza.

+ Fidel Herráez Vegas
Arzobispo Emérito de Burgos
Consiliario Nacional de la ACdP

Nota previa

Ofrece esta nota previa cierto carácter de prólogo galeato. Por varias razones. La primera viene impuesta por la carencia en el autor de todo intento de publicidad. La segunda apunta al principio de autoridad. El autor no es escriturista ni teólogo, aunque en algunas disciplinas no es del todo lego.

Aficionado desde su ya lejana juventud a la Doctrina Social de la Iglesia, ha mantenido al mismo tiempo un constante, cordial y devoto contacto con los textos sagrados del Testamento Antiguo y sobre todo con las enseñanzas del Nuevo. Fruto de este permanente contacto es el presente estudio, matizado y dirigido también por la inmensa riqueza de nuestro Año litúrgico.

Estas son las razones escuetas, que justifican el carácter del adjetivo «galeato», con que entrego al lector, con mi agradecimiento, este trabajo.

Capítulo 1

«ADORARÁS AL SEÑOR, TU DIOS, Y A ÉL SOLO SERVIRÁS»

Antes de entrar en la explicación particular de la adoración, que debemos a la santísima Trinidad y a cada una de las Tres Personas divinas, parece conveniente adelantar algunas prácticas consideraciones generales sobre la virtud, que es mucho más que mera virtud, de la adoración a Dios.

Tema prioritario, supremo, de básica magnitud espiritual, que encaja perfecta y necesariamente con el primer gran mandamiento del Señor en el Sinaí – amar a Dios sobre todas las cosas –[1]; y con la misma universalidad, en el tiempo y en el espacio, del precepto divino de la consiguiente adoración. Valga esta dual indicación preliminar como suficiente exordio del capítulo.

Punto de partida

Tres textos revelados, convergentes, de la Sagrada Escritura pueden servirnos de arco de entrada: dos del Testamento Nuevo, palabras del Señor, de Jesús; y uno del Antiguo Testamento, palabras de Moisés al pueblo judío.

Primera palabra: Monte de la Cuarentena. Tras cuarenta días de absoluto ayuno y continuada oración al Padre, en la soledad del desierto, soporta el Señor, Jesús, Unigénito encarnado, las tres tentaciones de Satanás. A la tercera y última del príncipe de la mentira, «si postrándote en tierra, me adoras», responde Jesús, imperativo, dominador y con un rechazo contundente: «Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo servirás»[2]. Adoración y servicio exclusivos, a Dios solo, únicamente a Dios.

Segunda palabra: Habla Moisés al pueblo. «Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es un solo Dios. Lo amarás [–imperativo de obligación suprema–] con "todo" tu corazón, con "toda" tu alma, con "toda" tu fortaleza,

1 Cf. Ex 20, 1-5.
2 Mt 4, 10.

y estas palabras que hoy yo te encomiendo, estarán sobre tu corazón»[3]. En estos dos versículos, con la triple repetición del adjetivo «todo», se encierra el bloque del más alto valor teológico y religioso para la historia no sólo del cristianismo, sino de toda la historia de las religiones. «Este es el más grande y el primer mandamiento»[4].

Tercera palabra: De nuevo Jesús, ahora ante la samaritana. Junto al pozo de Jacob. «Llega un tiempo, y ya ha comenzado, en que los verdaderos "adoradores", "adorarán" al Padre en espíritu y verdad; estos son los "adoradores", que busca el Padre...Dios es espíritu y los que le "adoren", deben "adorarle" en espíritu y verdad»[5]. ¿Qué significado tienen estos dos términos «espíritu y verdad»? Un significado unitario.

Para adorar a Dios "de verdad", el adorador debe dejarse conducir por el "Espíritu Santo", por «el Espíritu de la verdad, que os guiará hacia la verdad completa»[6]. Le hablaba Jesús a la samaritana de manera ajustada a la rudeza espiritual de ésta. A los Apóstoles les anunciará posteriormente la promesa del Espíritu Santo, del Paráclito, del Defensor.

Resumo este punto de partida. Sólo Dios es Dios, el único, a quien se debe suprema y única reverencia, con totalidad de entrega, plenitud de adoración exclusiva, y absoluto servicio incondicionado[7]. En los Ejercicios ignacianos se recoge, en el «Principio y fundamento», un eco fiel, fidelísimo, de este precepto: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor»[8].

Latría y dulía

Esta unicidad, total, exclusiva, absoluta e incondicional es la que se expresa con un término técnico, consagrado por la teología, consignado en nuestros breves e inolvidables catecismos, y reiterado por la espiritualidad cristiana de todas las épocas: el culto de latría, que se debe a Dios solo. Todos conocemos esta suprema realidad, pero conviene recordarla.

---

3 Deut 6, 4-5.
4 Mt 22, 38; Mc 12, 29-30; Lc 10, 2 7.
5 Jn 4, 23-24.
6 Jn 16, 13.
7 Cf. Ex 20, 3-5.
8 Ejercicios espirituales [23].

El culto de «latría» sólo puede, solamente debe darse, por el hombre únicamente a Dios[9]. A los santos se les debe el llamado culto de «dulía», que tiene el significado de recuerdo, invocación, petición de ayuda intercesora, y reverencia, a los varones y a las mujeres canonizados. Dentro de esta reverencia hay que distinguir y deslindar la «dulía simple», o sencilla –a los santos–; y la «hiperdulía», culto no latreútico dedicado exclusivamente, en cima inigualable, a la santísima Virgen María, como Madre de Dios, Madre de los fieles, Señora de los ángeles, y Madre y Reina de toda la Iglesia, de todos los hombres, de todos los ángeles –*Domina angelorum*–, y del entero universo –*Regina coelorum*–, Inmaculada, Virgen siempre, y ascendida a los cielos en cuerpo y alma. Única en destino, única en gracia, única en virtudes, única, por su asunción, ya presente en la gloria en cuerpo y alma. Refugio de los pecadores y consuelo de los afligidos.

No está de más añadir que en el sector bienaventurado de la dulía simple ocupa alto y destacado puesto singular san José, esposo de María, padre putativo de Jesús, y Patrono universal de la santa Iglesia.

El sentido propio del acto de adoración

Tras este necesario apunte aclaratorio, volvemos a la adoración en sentido propio. El verbo «adorar» y el sustantivo derivado «adoración» presentan, en su uso coloquial diario, dos líneas que hay que separar. Coloquialmente, en la vida ordinaria, se sitúan en línea meramente horizontal, de simple trato humano, con variedad de sentidos, que el propio Diccionario de la Real Academia recoge. Pero su sitio propio, su sede exclusiva, su radical significación, se hallan situados en la esfera, en el campo de lo religioso, de la suprema tendencia vertical del hombre hacia Dios.

Y en este sentido, abierto a la trascendencia, la adoración presenta dos caras: una interior y otra exterior. Quien adora a Dios, lo reverencia internamente, totalmente, con su alma; y además y necesariamente lo manifiesta de alguna manera hacia afuera, con el propio cuerpo. Las dos vertientes son necesarias en la plenitud de la reverencia adorante. Al acto

9 SAN AGUSTÍN, Carta 102, 20 y Carta 173: en BAC, Obras completas, vol. VIII, p. 726, Madrid 1986, y vol. XIa, p. 641, Madrid 1987. Cf. ALBERT BLAISE, *Dictionnaire latín-français des auteurs chrétiens*, s. v. *latria,* Brepols 1993.

interior se ha de unir el acto exterior. Porque la adoración es acto humano capital de «todo el hombre», mujer o varón. En la adoración a Dios sí que hay igualdad y perfecta igualdad de sexos. No se dan discriminaciones.

He dicho «de todo el hombre». Y debo añadir, con matiz obligado, que la adoración es acto humano capital «de todo hombre», varón y mujer. Porque el gratísimo deber de adorar a Dios es obligación primaria, ineludible, responsable, de todo ser humano. Ayer, hoy y mañana. En toda situación y circunstancia.

El precepto dado temporalmente a Israel, como garantía histórica de conservación y posterior promulgación universal, recae, en la eterna e inmutable intencionalidad divina, sobre todas las generaciones. Por el solo hecho de su humanidad, la persona humana tiene abierta siempre la ventana, o mejor la puerta, a la inmediata presencia, sin distancia, de la divinidad. Y debe reconocerla y recibirla y adorarla. La presencia de Dios en el hombre desconoce la distancia.

En la entera historia, no manipulada, de las religiones quedan muestras sobremanera elocuentes de esta recepción universal. En el hinduismo, en el budismo, en algunos momentos de la religiosidad egipcia, y en el Islam de los grandes poetas místicos sufíes[10].

No conviene olvidar, a este respecto, dos hechos. Uno, que la razón humana correctamente desplegada tiene capacidad natural para alcanzar con certeza el conocimiento de la existencia de Dios, y por ello, para ejercitar el primario deber de la adoración. Dato dogmático[11]. Y segundo, que la providente gracia de Dios dispone de toda una inmensa red viaria, de todo un inmenso complejo de canales y acequias, por solo Dios abiertos y de Él solo conocidos, para asociar a todos los hombres, a cada hombre, al misterio pascual de la redención. Dato igualmente dogmático[12].

Y queda el último tramo de este primer segmento universal. La adoración es acto humano, genuinamente humano, de todo ser humano. Pero

---

10 Pueden verse elocuentes expresiones islámicas de este sentido latréutico en FÉLIX M. PAREJA, *La religiosidad musulmana*, pp. 438-456, Madrid 1975. Cf. CONCILIO VATICANO II, Declaración *Nostra aetate* 2-4.

11 CONCILIO VATICANO I, Constitución dogmática *Dei Filius*, capítulo II: *apud* JUSTO COLLANTES, *La fe de la Iglesia Católica*, p. 51: BAC 446, Madrid 1983.

12 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 13.16; y Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22.

es, además, acto humano capital singularmente del cristiano, del bautizado, del discípulo del Maestro, del Verbo humanado, de Dios hecho hombre, en una palabra, de Jesús.

Al cristiano el Señor le ha regalado, por pura benevolencia suya, el acceso fácil y la entrada plena en el sagrado templo de la total y beatificante adoración a Dios, en virtud de la redención operada por Cristo y en Cristo. En la adoración del cristiano a Dios no hay templo, porque el templo es directamente el propio Dios adorado.

Entramos con lo dicho en el núcleo central del tema.

Dos sujetos dialogantes

Dos dialogantes, dos interlocutores, dos platicantes, que distan infinitamente entre sí, y viven, sin embargo, próximos. ¿Próximos? Más aún, unidos, inmediatos, porque la distancia infinita ha quedado salvada, cubierta por la presencia en la historia del Verbo de Dios hecho hombre. Ha unido Jesús en su persona única como eterno Unigénito, una perfecta e inigualable naturaleza humana. Con Jesús glorificado está presente en el seno mismo de la santísima Trinidad nuestra naturaleza humana[13]. Supremo asombro definitivo.

Se lee en el Evangelio de Marcos una sentencia del Señor a este propósito, sentencia dirigida no sólo a los Apóstoles, sino también y claramente a los demás discípulos: «A vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de Dios»[14], «pero a éstos no»[15], «sólo en parábolas»[16]. ¿Qué misterio es éste? El que acabo de indicar.

Es el misterio «escondido desde los siglos y desde las generaciones y ahora manifestado»[17] por la presencia en el tiempo, por la entrada en la historia humana, del propio Verbo de Dios hecho hombre, el cual nos ha revelado

13 Lo recuerda la poscomunión de la solemnidad de la Ascensión. «El Señor nos concede ya aquí en la tierra conversar con Él»; y añade una petición: que «nos conceda tender hacia el cielo, en el que está ya presente unida a la divinidad nuestra naturaleza humana» («*illuc tendat nostrae devotionis affectus, quo tecum est nostra substantia*»).

14 Mc 4, 11.

15 Mt 13, 11.

16 Lc 8, 10.

17 Col 1, 26.

la plenitud del Dios, al que debemos plenitud de adoración: la Beatísima Trinidad, que una en sustancia y trina en personas debe ser adorada con una única latría, con un solo acto de total y permanente rendimiento[18].

«En numerosas ocasiones y de muchas maneras Dios habló en otros tiempos a nuestros padres por medio de los profetas. Pero últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo»[19]. En el acto de adoración están presentes dos sujetos: Dios adorado y el hombre adorante. Volveré más adelante, con especial desarrollo sobre esta bienaventurada dualidad.

Dios adorado, la Santísima Trinidad. Las tres divinas Personas son el sujeto sobre el que recae el acto de latría. Los tres en su sempiterna unidad de esencia, en su personalidad ternaria propia, y en la perfecta igualdad en cuanto a majestad, eternidad y omnipotencia[20]. No hay palabra humana, que pueda expresar la infinita realidad del ser de Dios. Sólo Él puede comunicarla en el silencio adorante. Y es necesario tener siempre presente la advertencia de Jesús, que es aviso y petición y don: «Creéis en Dios, creed también en Mí»[21]. «Creedme, yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»[22]. «Yo y el Padre somos uno», una sola realidad en cuanto a la eterna y omnipotente naturaleza divina[23].

Somos auténticos privilegiados los cristianos, –nos aprecie o menosprecie el mundo–, porque hemos recibido, sin mérito alguno nuestro, por pura benevolencia divina, el don de la fe, el regalo de la esperanza, y la dádiva inmensa de la caridad divina. Privilegiados, sí, y por ello vivimos gravados, cargados con una especial responsabilidad personal intransferible, por aquello de que «se le reclamará mucho a aquel que mucho ha recibido»[24]. Sin olvidar que el reclamante, el Señor, ama con amor infinito al reclamado, el hombre. Y lo cuida.

Son sobremanera confortantes, y no siempre advertidas, las ternuras expresivas de Jesús, manifestación de las ternuras trinitarias con el hombre. Jesús habla a sus discípulos y les llama «rebañito», «*pusillus grex*»; y les

18 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* 2-2 q. 81 3 ad 1; q. 84 1 ad 3; y 3 q. 25 1 ad 1.
19 Hebr 1, 1-2.
20 *Misal romano*, Prefacio en la misa de la Santísima Trinidad.
21 Jn 14, 1.
22 Jn 14, 11.
23 Jn 10, 30.
24 Lc 12, 48.

precisa que el Padre quiere darles el reino[25]. Y en la última Cena llama a los Apóstoles «amigos»[26]. Más aún, les dice con divina ternura: «hijitos míos», *«filioli»*[27]. Importa advertir los matices que estas expresiones de íntimo cariño evidencian, como asimismo importa advertir el tono de intimidad y efusión, que tienen las reprensiones a los Apóstoles, que Jesús les hacía y han quedado consignadas para nuestro consuelo y aliento en los Evangelios[28].

Estamos ya ante el sujeto adorante. Y lo primero de todo, como enseña el Doctor Angélico, la adoración, lo he apuntado antes, requiere lo exterior y lo interior. La atenta devoción interior y la humillación o reverencia exterior. Adora el hombre entero, cuerpo y alma. La principal es la interior y a ella se ordena la segunda[29]. La reverencia exterior manifiesta, por un lado, la eterna majestad ante la que estamos; y, por otro, la radical nulidad nuestra, que nada somos *«ex nobis»*, por nosotros mismos.

Lo interno de la adoración requiere a su vez el silencio en las dos vertientes de éste: el silencio exterior y el silencio interior. El primero es condición ambiental y necesaria, aunque hoy día se halla bastante dificultado. El más importante es el silencio interior, la clausura del alma. Es en el recinto íntimo, último, del alma humana, al que solo Dios tiene acceso, impermeabilizado al contagio diabólico. En él se escucha la incesante emisora divina, el inefable móvil divino, cuya percepción se debilita y cuya audiencia se pierde, cuando la algarabía de los sentidos, las interferencias de las emisoras del pecado penetran en la imaginación y de ésta pasa a los aledaños del alma.

La adoración exige silencio de los sentidos, sosiego de la imaginación, calma en el entendimiento, purificación de la voluntad. Es entonces, en esta clausura de solo Dios conocida y por solo Dios dada y mantenida, cuando se abre el coloquio sin palabras[30], la conversación silente, la

25 Lc 12, 32.

26 Jn 15, 15.

27 Jn 13, 33.

28 A los Apóstoles: «¿También vosotros os queréis ir?» (Jn 6, 68). «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?» (Mt 8, 26). «¿No habéis podido vigilar conmigo ni siquiera una hora?» (Mt 26, 40). «Entre vosotros, el que quiera ser el primero, debe ser vuestro siervo» (Mt 20, 27 y Mc 10, 44). A Pedro: «¿Darás por mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo antes que tres veces me niegues» (Jn 13, 38). A Felipe, en el cenáculo: «¿Tanto tiempo contigo y todavía no me has conocido?» (Jn 14, 9). Y a Tomás, tras la resurrección: «¡Porque me has visto, has creído! ¡Bienaventurados los que sin ver, creyeron!» (Jn 20, 29). Y a su misma santísima Madre, en Caná: «No es asunto nuestro. No ha llegado todavía mi hora» (Jn 2, 4).

29 Ibíd., 2-2 q. 84, 2 y 3.

30 Cf. Lam 3, 26; Is 30, 15.

escucha asombrada de las comunicaciones del Padre, de las inspiraciones del Espíritu Santo, y de las palabras nuevas del Verbo encarnado ya glorioso –«mis ovejas oyen mi voz»–[31].

Y respecto de nuestro Redentor Jesús en su estado glorioso, debe añadirse que la deidad y la misma humanidad de Cristo Jesús deben adorarse con adoración de latría; y que el cuerpo resucitado glorioso de Jesús e igualmente la sagrada Hostia, consagrada en la misa y reservada en el sagrario, deben ser adorados con adoración de latría. Más aún. Como enseña santo Tomás, la misma cruz de Cristo como representación de Cristo, como madero tocado por Cristo –*«tam sancta membra tetigit»*–, y como madero cubierto por la sangre preciosísima de Cristo –*«ornata Regis purpura»*–, debe ser, en cuanto unida a Cristo, objeto también de la adoración a Éste debida[32]. Lo recordamos en la liturgia del Viernes Santo, con el solemne rito de la adoración de la cruz.

El misterio del encuentro adorante

Algo debe añadirse sobre la entera realidad del encuentro, que la adoración supone. Continúo fijando la mirada en el Dios adorado y en la persona adoradora. No está de más subrayar que ante el Señor, al adorarle, conviene recordar la reverencia de Moisés ante la zarza, que ardía sin consumirse[33], el velo de Elías en la cueva ante el paso del Señor en la suave brisa[34], y la actitud respetuosa y reverente de Abrahán en el encinar de Mambré[35].

Acudo ahora para ello al salmo 8, en el que se contraponen la infinita majestad divina –«grande sobremanera eres en la tierra y en el universo»– y la absoluta realidad paupérrima del hombre –«qué es el hombre»–. Paupérrima realidad insignificante, mera nada, elevada, sin embargo, por el Señor al señorío, al dominio administrativo sobre toda la tierra y sobre el mismo universo.

Tres cosas dice el salmista, que caen plenamente dentro del tema de la adoración. Afirma, en efecto, lo primero, que Dios se acuerda del hombre, de cada hombre, que no lo olvida, que lo tiene siempre presente: –*«memor*

31 Jn 10, 27.
32 Ibíd., 2-2 q. 103 4 ad 3; y 3 q. 25, 4. Véase el himno de la salmodia latina «Vexilla Regis prodeunt».
33 Cf. Ex 3, 1-15.
34 Cf. 1 Reg 19, 4 y ss.
35 Cf. Gn 18, 1-15.

es eius»–, se acuerda él, no lo olvida. Y añade a continuación una palabra, que admite dos traducciones, ambas valiosas para nuestro objeto. Dice el salmo 8 –primera traducción– que el Señor »cuida del hombre», lo atiende, se preocupa de él, lo hace objeto de sus cuidados –*«curas de eo»*–. Y tercera sentencia, según la otra versión del texto hebreo: el Señor visita al hombre, acude a él, viene a su casa, lo hace objeto de su presencia –«*visitas eum»*–.

Dios no vive alejado del hombre, vive en continuo contacto inmediato con el hombre. Lo consigna la Escritura: «Son mis delicias el tratar con los hombres»[36]. Ya san Agustín advirtió que la intimidad de Dios en el hombre supera la propia intimidad subjetiva, individual del propio hombre. Dios no vive indiferente, atiende personalmente al hombre, viene a verlo, a estar con él. El hombre, que de por sí es nada, que, como criatura de Dios, es, vive, existe en virtud del amor de Dios, y que a lo anterior añade la nota de pecador, ha sido y es elevado por su Creador a la categoría de interlocutor suyo. Y esto que el salmista, en la conciencia monoteísta de Israel, vive y agradece, cobra en las palabras de Jesús un inmenso relieve nuevo sobresaliente, en el sentido de que la capacidad interlocutora reconocida en el salmo, no sólo es reiterada, sino levantada a la categoría de la filiación adoptiva lograda a favor del hombre por la redención de Cristo operada en la cruz y en la consiguiente victoria sobre la muerte.

Dios es el buen pastor del antiguo Israel y del nuevo Israel, la Iglesia, y de la entera humanidad. Y el hombre es objeto del recuerdo personalizado, de los cuidados individuales, de las visitas particulares del Señor[37].

Jesús conoce «*nominatim*»[38], personalmente, individualmente, a cada una de sus ovejas y éstas le conocen y distinguen su voz. Hay recuerdo mutuo continuo. Jesús se cuida de sus discípulos, «no viváis solícitos, confiad, hasta cada uno de vuestros cabellos está contado»[39]. Hay cuidado permanente. «Vendremos al que en mí cree y fijaremos en él nuestra morada»[40]. Hay visitas cortas y se dan visitas prolongadas. Se dan toques pasajeros y se dan toques grabados para siempre en el alma del discípulo.

Y en todo momento –no debe preterirse este punto– es el Señor el que toma la iniciativa en la adoración. Todo lo que el Padre da a Cristo, todas

36 Prov 8, 31.
37 Ver el salmo 22 (23) y Jn 10, 1-16.
38 Jn 10, 3.
39 Mt 10, 30 cortas y se dan visitas.
40 Jn 14, 23.

las almas, que el Padre da al Hijo, viene y vienen a Éste; y todo lo que remitido por el Padre, viene a Cristo, Jesús no lo rechaza, no lo arroja fuera, sino que lo recoge, lo hace suyo y lo retiene[41]. ¿No es acaso esta probada realidad motivo sobrenaturalmente impulsor de la adoración? ¿Puede el cristiano sabedor de este hecho, atestiguado por el propio Señor, quedar indiferente, ajeno, olvidadizo de estos cuidados, de estos recuerdos, de estas visitas de la *«fons salutis»*, la Trinidad beatísima? Adorar es recibir al Señor en estas visitas, que el Apocalipsis confirma con palabras ungidas y estimulantes: «Estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y me abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo»[42].

De los grados en la adoración

Nuevo añadido explicativo. En el ejercicio asiduo de la adoración se dan grados conforme a la voluntad del Señor y a la preparación espiritual de cada persona. Pero en todos los grados se opera un crecimiento, del que habló san Agustín y reitera toda la espiritualidad cristiana genuina. Ayer y hoy. Intentaré explicarlo.

Hablaba san Agustín a los simples fieles, al común pueblo de Dios. Su enseñanza se dirigía a todos los creyentes en Cristo, no a una minoría privilegiada. Y ¿qué les decía? En la búsqueda de Dios se opera el hecho de que la búsqueda, cuando halla, crece en el conocimiento; y cada fase de este aumento abre un nuevo período de expansión posterior. Y este proceso de crecimiento continuo opera, mientras el creyente vive en el tiempo. He aquí las palabras del gran Doctor de la gracia.

Para hallar al Señor hay que buscarle. «Al que llama, se le abre»[43]. Y una vez hallado el Señor, hay que seguir buscándole, porque es inmenso. Infinito. Cuando se le busca y se le encuentra, el que lo ha buscado y hallado queda harto, saciado. Pero entonces suscita el Señor un nuevo impulso para buscarle y hallarle, y alcanza el buscador un nuevo nivel de saciedad.

41 Cf. Jn 6, 37.
42 Apoc 3, 20.
43 Mt 7, 7 y Lc 11, 9.

«Hay que buscar siempre; no debemos suponer que hemos de cesar en la búsqueda. Es un camino de continuo recorrido y luz creciente, hasta que el hombre llegue a Ése, al que conduce el camino, que es Él, el Camino, final del recorrido»[44].

Repito lo que anteriormente señalé. Buscamos a Dios, pero es Dios el que primero nos busca a nosotros. Dios tiene siempre la iniciativa. Lo que importa, por parte nuestra, es que ni nos hagamos sordos a su voz, ni nos enredemos desordenadamente en cuidados temporales.

Ahora bien, la adoración, en cualquiera de sus grados, no debe alejar al adorador de la realidad temporal, en que vive. Adorar a Dios no lleva a desentenderse del medio, en que nos desenvolvemos. Al contrario, supone una presencia intensiva, cualificada, dentro del Cuerpo místico de Cristo, del entero Pueblo de Dios; y también dentro de la propia sociedad temporal, en la que el adorante vive. Muchos son los modos y grados de esa presencia super-cualificada, según el estado canónico de cada persona y según la situación de cada sujeto en la vida social. Marta y María, como advertía santa Teresa, deben ir juntas como buenas hermanas[45].

Y hoy día, dado el combate, que la santa Iglesia, y por tanto la gloria de Dios, padecen, esta presencia social, esta influencia comunitaria de la adoración a Dios debida, tiene que intensificarse, tiene que multiplicarse, tiene que depurarse, tiene que recibir un cultivo personal y corporativo sacrificado. Moisés adoró al Señor en el monte de las teofanías liberadoras y, por eso, las proyectó sobre el gobierno del pueblo elegido. Adorar es postrarse en humillación filial, pero es también llamada para ordenar a Dios la vida de las sociedades.

Conclusión

Concluyo con unas palabras de Benedicto XVI, que confirman cuanto acabo de indicar. Las dijo en Fátima, en la noche del 12 de mayo de 2010, al iniciar el rezo del Rosario con la inmensa multitud de fieles agrupados ante la capilla de las apariciones.

---

44 SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* LXIII, 1. Es el exordio del sermón pronunciado el 13 de diciembre de 419, ante los fieles de Hipona.

45 *Camino de perfección* (Códice de Valladolid), cap. 31, 5, p. 365: BAC 212, Madrid 1986.

«Dios había ordenado a Moisés: “Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado”. Y así lo hizo. Luego se puso nuevamente las sandalias para ir a liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y guiarlo a la tierra prometida. No se trataba simplemente de poseer una parcela de terreno o del territorio nacional, al que todo pueblo tiene derecho. En la lucha por la liberación de Israel y en su salida de Egipto, lo que destaca, en primer lugar, es sobre todo el derecho a la libertad para adorar a Dios».

«En nuestro tiempo, cuando en vastas regiones de la tierra la fe corre el riesgo de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad más importante de todas es hacer presente a Dios en este mundo y facilitar a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios, cuyo rostro reconocemos en el amor hasta el extremo[46] en Cristo crucificado y resucitado. Queridos hermanos y hermanas: adorad en vuestros corazones a Cristo Señor»[47].

46 Jn 13, 1.

47 Texto en *L´Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de mayo de 2010, p. 16.

Capítulo 2

«ADORARÁS AL SEÑOR, TU DIOS, EN ESPÍRITU Y VERDAD»

Continúa la exposición un tanto genérica de la adoración, iniciada en el capítulo anterior. Cambiamos de lugar: pasamos del monte de la Cuarentena, Judea, al pozo de Jacob, Samaria: el Señor Jesús ante la samaritana.

Una aparente contradicción

Conviene señalar, como comienzo, que el adorar a Dios es, para nosotros los cristianos, un privilegio; y al mismo tiempo, para nosotros los cristianos, no es un privilegio. Que sea un privilegio y no sea un privilegio constituye una contradicción. Debo solucionar, debo deshacer este aparente contrasentido.

No es un privilegio. ¿Por qué para nosotros no es un privilegio? Porque reconocer que Dios existe, rendirle culto, obedecerle, amarle y adorarle es un don de Dios, que está al alcance de todos los hombres, no sólo de nosotros. No es algo exclusivo de la santa Iglesia, peregrina en el tiempo. Es Él, quien llama a cada hombre a la existencia. Él, el que ama individualmente a todos los hombres. Dios quiere que todos los hombres se salven. Dios da a todos los hombres gracias más que suficientes para que respondan a su llamada. Dato teológico.

Realidad divina confirmada por la historia comparada de las religiones. En todas las manifestaciones tradicionales serias del hecho religioso encontramos numerosas expresiones, harto claras, de las ejemplares respuestas positivas, que en tal orden registra esa historia. En todas ellas hay, en no pocas ocasiones, oración, adoración, culto, obediencia y deseo de lo divino monoteísta. Dato histórico de latría comprobada[48].

---

48 Prueba ampliamente documentada se halla en la obra de JUAN ESQUERDA BIFET, *Hemos visto su estrella*, BAC 567, Madrid 1996. Puede verse también FÉLIX M. PAREJA, *La religiosdidad musulmana*, BAC 374, Madrid 1975. Y en general los 8 volúmenes de la serie *Semina Verbi* publicada por la BAC y dirigida por el P. Jesús López Gay, profesor de la Universidad Gregoriana, de Roma.

Sin embargo, es un privilegio. Para nosotros, los cristianos, la oración a Dios, la adoración de Dios es un privilegio propio y singular. ¿Por qué? Por algo literalmente asombroso. Porque Dios nos ha elegido personalmente, primero, en la antigua Alianza por los patriarcas, por los profetas y por los salmistas del Viejo Testamento. Y últimamente, y sobre todo, por el Unigénito del Padre, por el Verbo de Dios, al hacerse hombre, al encarnarse, al entrar en la historia humana, al hacerse uno de nosotros[49]. Y es Él, Jesús de Nazaret, el que, Dios encarnado, nos ha revelado el misterio escondido durante siglos y milenios y ahora manifiesto[50]: la santísima Trinidad, la unidad de sustancia y la trinidad de personas; la igualdad en la majestad y la diferencia en las personas. Y como canta la venerable himnodia antigua de la liturgia latina, es la misma Trinidad la única *«fons salutis»*[51].

Y a esta plenitud nueva de conocimiento, luz y horizonte está llamado el cristiano adorador. A ella apuntó el Señor en el diálogo con la samaritana. Ni Samaria, ni Jerusalén quedaban ya como sedes locales privilegiadas del culto, de la adoración divina. Dios establece el corazón del hombre como sede de la nueva adoración. «Tales son los adoradores, que el Padre busca. Dios es espíritu y los que le adoran han de adorarle en espíritu y verdad»[52]. Y es tal la plenitud divina del nuevo marco, del nuevo clima de la adoración latréutica innovado por Jesús, que es necesario exponer con la atención ahora posible la divina densidad de este nuevo nivel de adoración. Porque, en definitiva, el centro único total de nuestra actitud para con Dios está en la adoración. Es en ésta, y gracias a ésta, como el hombre encuentra su propio, fundamental y supremo centro.

La cuaterna agustiniana del espíritu

Adelanto unas palabras de san Agustín. Son, en realidad, un consejo, y más propiamente una advertencia, una norma cautelar, que con frecuencia expuso y urgió el gran Obispo de Hipona: Que «oigamos». Que «escuchemos» lo que oímos. Que «entendamos» y asimilemos lo escuchado. Y

49 Cf. Hebr 1, 1-2.

50 Ef 3, 9.

51 Verso de la estrofa final del himno «Vexilla Regis prodeunt». *Apud* FÉLIX M. AROCENA, *Los himnos de la tradición*, p. 130, BAC Madrid 2013.

52 Jn 4, 23-24.

que «cumplamos», obedezcamos lo entendido y asimilado. Oír, escuchar, entender y cumplir. Estos cuatro verbos singulares constituyen unidos la gran cuaterna verbal del espíritu.

Notemos que escuchar es más que oír. Escuchar es prestar atención preferente a algo que oímos. Centrar el oído del espíritu en las palabras de Jesús. Fijar la mirada purificada del espíritu en Dios. Es atender cuidadosamente, únicamente a algo, a alguien, desentendiéndonos del bullicio, del vocerío, de la algarabía circundante. Es el «mis ojos (y mis oídos) están siempre fijos en el Señor», del salmista[53].

Adorar a Dios requiere mirarle, admirarle, oírle, escuchar su palabra, hacerla objeto único de nuestro oído interior, y apagar las interferencias de las emisoras de los sentidos y los alborotos de la imaginación. Atender a las palabras, percibir en el silencio humilde del espíritu, el eco perpetuado del «Escucha, Israel»[54] del Éxodo[55], la repetición permanente del «Yo os digo» del Señor en el sermón de la Montaña, y el testimonio oral del Padre eterno en el Jordán[56], en el Tabor[57] y en el templo de Jerusalén[58].

La comunicación con Dios, la adoración no necesita telefonía, ni móviles, ni televisión, ni radares, ni satélites. Está desde siempre abierta a todas horas. No hay problemas de comunicación a distancia. Basta conectar y situar bien, con cuidado sumo, el dial de nuestro corazón en la frecuencia exacta de la incesante emisora divina. Pero eso sí, es menester procurar que, mientras se adora, queden apagadas, en lo posible, todas las interferencias de las numerosas emisoras de las preocupaciones puramente mundanas.

Adorar es situarse como Elías ante el paso del Señor, en aquella singular teofanía silente, que parece anunciar las del Nuevo Testamento. Perseguido por la cruel Jezabel, la mujer de Ajab, huye Elías al monte Horeb. Allí Dios le espera. Y se produce la gran teofanía tan distinta de las primeras de Moisés. Sumamente reveladora y aptísima para nuestro aleccionamiento como adoradores.

---

53 Sal 25, 15.
54 Deut 6, 4.
55 Ibíd.
56 Mt 3, 1.
57 Mc 9, 4.
58 Jn 12, 28.

Ni en el viento huracanado, que rompía los montes y quebraba los peñascos; ni en el pavoroso terremoto, que sacudía colinas y derribaba bosques; ni en el voraz incendio, que devastaba todo lo cercano, «estaba Yahvé». Y sobrevino entonces «un ligero y blando susurro», un céfiro blando, una suavísima brisa, una música callada. Y en ella estaba y pasó Yahvé, Dios. Elías salió de la cueva, se mantuvo en pie, en silencio, se cubrió el rostro con su manto y adoró el paso del Señor[59].

Una última indicación introductoria. Al adorar a Dios no somos nosotros los que hacemos un favor a Dios. Es Dios quien nos hace el inmerecido favor de recibirnos en audiencia particular. Y no sólo esto. Al responder a su invitación, convierte Él nuestra respuesta en un mérito nuestro. Siempre estamos recibiendo dones de la misericordia divina, dones, cuya recepción y aceptación se convierten en la gloria que a Dios debemos.

Pasaba el Señor, como he recordado, ante Elías. Paso momentáneo, transitorio. Ahora el Señor está permanentemente con nosotros.

La permanencia de Jesús glorioso en la historia

Porque vino el Verbo de Dios a la tierra, asumiendo una naturaleza humana perfecta; y vino sin abandonar el cielo. Vino acá sin dejar de estar allá, como coeterno Hijo Unigénito del Padre. Y volvió allá como Verbo encarnado resucitado, glorioso, como Dios y hombre en unidad de persona, a la eternidad. Y regresó allá, sin dejar de estar, de continuar, glorioso aquí, con nosotros. Lo anunció a los Apóstoles en el sermón de la última Cena: «Salí del Padre y vine al mundo; y ahora dejo el mundo y me voy al Padre»[60].

Pero con algo, que luego dijo y realizó. Regresó al Padre, sin dejar de estar, de continuar, glorioso y velado aquí con nosotros. Nos dejó y no nos abandonó. En el sacrificio perpetuo de la Misa, en el convite eucarístico, en el silencio elocuente del sagrario, en el corazón de sus fieles, en su Iglesia peregrinante, en toda la humanidad. Cristo está manifiesto y glorioso en la eternidad –*«in quo tecum est nostra substantia»*[61]–, y simultá-

59 1 Reg 19, 11-14.

60 Jn 16, 28.

61 Poscomunión de la solemnidad litúrgica de la Ascensión: «Nuestra naturaleza humana está con Jesús en el seno mismo de la santísima Trinidad».

neamente está también aquí con nosotros permanentemente, en la tierra, glorioso y oculto a los sentidos, en el seno de la historia, pero de modo distinto a como anduvo por Palestina. Ya se lo dijo a los Apóstoles, cuando, resucitado, les indicó en el Cenáculo que ya no estaba con ellos como antes de la cruz, «cuando estaba todavía con vosotros»[62].

El hecho de que Dios, en la divina persona del Verbo, haya salido de la eternidad, sin dejarla, para entrar en lo temporal y pasajero; que haya cruzado el umbral de la historia para caminar por ella y padecer y resucitar, ¿qué mente humana lo puede comprender, razonar, imaginar? ¿De qué no es capaz el amor de Dios derramado a manos llenas sobre el hombre? Este *«admirabile commercium»* es algo tan sublime, que puede parecer locura, absurdo, escándalo a quien no toma como punto de partida, para explicarlo, el insondable amor de Dios al hombre, a cada uno de nosotros, más aún a todos los humanos. La Encarnación y la cruz y la resurrección y la ascensión del Señor Jesús manifiestan de forma definitiva, a fuer de divina, quién es Dios amando al hombre y qué significa el mundo que crucifica a Jesús. «Como me ama el Padre, os amo Yo a vosotros»[63].

En esa permanencia reside el motivo de la adoración específicamente eucarística. Todo lo que seguidamente se puede y se debe decir de la adoración en general tiene aplicación directa a la adoración de la sagrada Eucaristía, pero he orientado aquí y ahora la exposición en términos generales, por la sencilla razón de que la adoración eucarística queda dentro del marco divino de la adoración trinitaria. Los cristianos no debemos olvidar que al rendir culto al Señor Sacramentado, rendimos culto también al Padre Eterno y al Espíritu Santo.

Como expresa, en su última estrofa, el gran himno trinitario del *Splendor paternae gloriae*, «en el Padre está todo el Hijo y en el Hijo está todo el Padre», y en uno y otro está en su divina plenitud el Espíritu Santo. La Iglesia, y con ella todos los fieles, ofrece y ofrecemos al Padre y al Hijo la misma plegaria, la misma adoración, el mismo culto latréutico, tanto si unimos a las dos o a las tres Personas divinas en una misma fórmula común, por ejemplo el *Gloria Patri*, como si adoramos sólo al Hijo con los mismos términos, que empleamos para adorar expresamente al Padre

62 Lc 24, 44.
63 Jn 15, 9.

o adorar expresamente al Espíritu Santo. Ese adverbio «expresamente» no suprime la unidad sustancial de las tres divinas Personas, la presencia conjunta simultánea del único Dios adorado.

En espíritu y verdad

La densidad operativa de la adoración cristiana ofrece una riqueza de canteras espirituales tan amplia, que conviene deslindar la explicación de sus distintos y simultáneos elementos. Hay uno, el colectivo o representativo, que merece tratamiento propio posterior. Me limito ahora y aquí a la exigencia del silencio y el desierto.

Conviene, y acudo para ello a una sentencia del Señor: «Cuando ores, entra en tu cuarto, y cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará»[64]. Adora, pues, al Señor, porque el Señor acoge esa adoración personal, representativa y unificada, con que lo alabas en el recinto recoleto de tu corazón.

El silencio, la soledad, el desierto interior pertenecen al clima esencial de la adoración: «Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor»[65]. «En el silencio y la esperanza tendréis vuestra fortaleza»[66]. Silencio y soledad del desierto: «Venid conmigo vosotros a un lugar apartado y descansad un poco»[67].

Sobremanera necesaria es hoy esta llamada al silencio del desierto del espíritu. No podemos huir del tráfago bullicioso de la vida diaria. No todos vivimos en el fecundo apartamiento de un monasterio. Tenemos que movernos dentro del agitado mundo, que nos envuelve. Pero nos hacen falta espacios de desierto interior, frecuencia de horas y de días de silencio del espíritu. Hoy se habla poco de este rincón apartado del alma, de este íntimo recinto, de esta última estancia, a la que no llegan los ruidos del exterior, ni el aluvión de las imágenes, ni las ráfagas de la mentira organizada, que nos rodean y saturan en el tráfago de cada día. En el alma oímos la suave brisa de la palabra del Señor. En la conciencia, donde la persona está a solas con Dios, como lo recuerda el Vaticano II: *«ipse (homo) solus cum Deo»*[68].

---

64 Mt 5, 6.
65 Lam 3, 26.
66 Is 30, 15.
67 Mt 6, 31.
68 Constitución pastoral *Gaudium et spes* 16.

Esta urgencia indispensable del retiro interior no es cosa pasada. No es residuo anacrónico de un ayer superado. Todo lo contrario. Las necesidades actuales del apostolado y de la misma humanidad, lejos de suprimir tal urgencia, la hacen más necesaria que antes. Todos los Papas contemporáneos y todos los grandes maestros de espíritu insisten en esta necesidad. Lo recordó San Juan Pablo II: La unión con el Verbo encarnado y ya glorioso requiere de quien le adora «un silencio cargado de presencia adorante», de «silencio callado activo», porque «cuanto mayor es el conocimiento, que de Dios tiene el hombre, con mayor plenitud lo percibe el orante, como misterio inaccesible e inefable en su esencia»[69].

Años antes, san Pablo VI lo había indicado, al «hacer la apología del silencio, no del silencio inconsciente, ocioso y mudo, sino del que impone callar a los rumores y a los clamores de fuera, e impone saber escuchar, escuchar en profundidad, las voces, sí, sinceras de la conciencia, y también aquellas, que nacen del recogimiento en la oración y de las voces inefables de la contemplación»[70]. Marta, conviene repetirlo, necesita en toda circunstancia el apoyo de María. Y ésta necesita salir a la calle para unirse a su hermana.

Adoración y vida diaria

Importa añadir brevemente otro aspecto intrínseco, inseparable de la adoración. Adorar a Dios es acción personal y actitud personal. Como acción, intermitente; y como actitud, permanente. En ambas situaciones, la genuina adoración compromete de forma radical al adorador, para cuidar del servicio a Dios y para sacrificarse por los demás.

La adoración no puede quedar desvinculada de la vida diaria, de los quehaceres cuotidianos. Tiene, por lo que es y significa, una fuerza intrínseca poderosa para la vida práctica, para la acción social. Con otras palabras, la genuina adoración lleva inexorablemente al ejercicio de las virtudes sólidas y perfectas. De las activas y de las pasivas.

69 JUAN PABLO II, *Orientale lumen* 16: AAS 87 [1995] 762.

70 PABLO VI, discurso del 6 de junio de 1973: IP XI, 478.

Santa Teresa y San Juan de la Cruz han insistido en este punto de capital importancia[71]. Y esta exigencia opera en todos los estados de vida canónicos. En todas las manifestaciones, privadas o públicas, recoletas o multitudinarias. En el ejemplar silencio de la vida monacal, en la clausura de los conventos y de las casas de los religiosos, en los hogares, en el yunque diario del trabajo, y en el entero conjunto de las relaciones sociales. Nada queda excluido de esta exigencia ascética del ejercicio de las virtudes, que el culto de adoración al Señor requiere y consolida.

El horizonte eterno de la adoración

Algo queda por decir, como cierre de esta exposición familiar. Hoy se habla poco, no se predica suficientemente de los novísimos. Y las inexorables realidades últimas de la vida no pueden quedar fuera del horizonte inmediato de los adoradores, ni de los cristianos en general.

Piénsese particularmente en el momento, fuera ya del tiempo, del juicio particular. «Todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir cada uno según lo que hubiere hecho por medio de su cuerpo, bueno o malo»[72]. Los adoradores, ya aquí en vida, en la presente vida, tienen y mantienen todo un conjunto de relaciones, me atrevería a llamarlas anticipadas relaciones personales, con los habitantes de la vida bienaventurada. Y añado, con la máxima veneración y el rendido respeto, con la misma beatísima Trinidad.

La liturgia latina ha consignado esta sublime realidad en la oración poscomunión de la solemnidad de la Ascensión del Señor, al recordarnos que ya aquí, en el tiempo, «establecidos en la tierra, el Padre nos concede relacionarnos con las realidades divinas».

Y estas relaciones, este asiduo trato, nos prepara para esa hora ineludible, particular, personal, individualizada, que fuera ya del destierro nos aguarda. Y a ella hay que referirse por un motivo, que paso a explicar.

---

71 Santa Teresa avisa que hay que «andar con particular cuidado y aviso mirando cómo vamos en las virtudes» y que «obras quiere el Señor» (*Moradas del castillo interior*, pp. 522 y 519, BAC 212, Madrid 1986). De la insistencia que en el ejercicio de las virtudes pone el Doctor de la perfecta abnegación, San Juan de la Cruz baste la cita del *Cántico espiritual*, p. 867, BAC 15, Madrid 1978.

72 2 Cor 5, 10. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* 17.

Tenemos que presentar ante el divino Juez de vivos y muertos nuestra autobiografía, nuestras Memorias personales. Lastimosas, pobres, oscuras, inmundas, pecadoras páginas. Autobiografía, de la que, por cierto, se guarda una copia superperfecta en los archivos de entrada en el cielo. Y al presentar la nuestra, sólo nos cabe decir a nuestro divino Juez: «Dios, séme propicio, soy un pobre pecador»[73]. O acomodando la súplica del Buen Ladrón: «Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu reino»[74], y yo llegue a tu presencia.

No olvidemos el testimonio de san Pablo a estos efectos: el Señor Jesús ha borrado «el quirógrafo, el acta de los decretos, que nos era contrario, que nos acusaba; rompiéndolo, quitándolo de en medio y clavándolo en la cruz»[75]. Realidad humanamente impensable, sólo explicable por la inmensidad infinita del amor misericordioso de Dios al hombre.

¡Que nuestra pecadora autobiografía se haga, enmendada por nuestro Salvador en virtud de su sangre redentora, y tras el purificador período del purgatorio, luminosa y limpia biografía, grata a los ojos de Dios!

Porque lo sorprendente, lo consolador es que la adoradora, el adorador, que llega a la presencia deseada del Señor, verá en el rostro divino de su Juez la misericordiosa mirada de nuestros Abogados: del mismo Jesús: «Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, justo»[76]; del Espíritu Santo, Consolador, padre de los pobres; y del mismo Padre eterno, cuyo estrechísimo abrazo paterno al pródigo que llega, será la sentencia definitiva para el ingreso, inmerecido por nosotros y merecido por la sangre de Jesús, nuestro «propiciatorio», en la bienaventuranza que no conocerá fin. Porque la muerte no es el final, es principio de la vida eterna.

Sin olvidar la presencia, en aquella definitiva hora suprema, de nuestra materna Abogada perpetua, María, la Madre de Dios y Madre nuestra, a la que miraremos con ojos de hijos agradecidos, para repetirle allá, en aquella hora, que ya no será hora, que ejerza la misión de «Abogada nuestra», con que la invocamos tantas veces al rezar, durante los años de nuestra vida, esta filial advocación de la Salve.

---

73 Lc 18, 13.
74 Lc 23, 4.
75 Col 2, 14.
76 1 Jn 2, 1.

Serán nuestros jueces, nuestros mismos abogados. Los hemos adorado aquí a Ellos. Y la hemos invocado aquí a Ella, a lo largo de nuestra peregrinación en el tiempo, sostenida por los dones gratuitos, recibidos, de la fe, la esperanza y la caridad.

Es menester insistir en la plenitud de estas grandes realidades. Somos, por nuestros pecados, deudores insolventes de Dios. Pero tenemos quien salió por nosotros, y nos ha sido, y es, y será avalista, fiador e incluso pagador de la entera e impagable deuda, que a su costa y a todos los efectos abonó en la cruz. Y nos ha permitido recuperar por su sangre, no por méritos nuestros, la herencia que habíamos dilapidado, para encontrarla en el Corazón del Maestro recobrada y acrecentada.

Termino con una parábola oportuna para el tema, parábola temáticamente vinculada con lo anterior y sobremanera reconfortante, y al mismo tiempo amonestadora:

> «Sed como hombres, que esperan que el amo vuelva de las bodas, para que al llegar éste y llame, le abran inmediatamente. Dichosos los siervos a los que el amo hallare en vela. En verdad os digo que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y él personalmente se pondrá a servirles»[77].

77 Lc 12, 35-37.

Capítulo 3

ADOREMOS A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El Año Litúrgico de nuestra Iglesia Latina está ordenado y centrado en Jesús, nuestro Redentor, Verbo de Dios encarnado, Dios y hombre verdadero. A Él se enderezan el Ciclo de Navidad, precedido del Adviento, y el Cuaresmal, coronado con el Triduo Sacro, que se prolonga con el Tiempo Pascual hasta las solemnidades de Pentecostés y de la Trinidad.

En el elenco de las grandes solemnidades ofrece nuestro Año Litúrgico una notable excepción. No celebramos solemnidad alguna dedicada exclusivamente, por separado, de forma particular, exclusiva, individualizada, a la persona del Padre Eterno, ni a la del Espíritu Santo, ni a la del propio Unigénito Verbo de Dios en cuanto tal.

Sí tenemos, en cambio, concentrada, unificada, agrupada, la gran solemnidad augusta de la Santísima Trinidad, esto es, la magna festividad litúrgica dedicada conjuntamente a Dios uno y trino. El Año Litúrgico, como magna escuela de suprema teología, de espiritualidad realista, y de íntimo trato personal con el Señor, no puede separar lo que es sustancialmente uno y único –la divinidad– y personalmente trino. *«E trinus unus»*, como canta la himnodia latina[78].

Este es el motivo dogmático, espiritual y litúrgico de las dos unificadas adoraciones, que a Dios debemos. La adoración debida personalmente al Padre eterno, al Verbo encarnado y al Espíritu Santo como alma de la Iglesia. Y la que debemos rendir, en culto conjunto de adoración latréutica, a la Trinidad beatísima como único Dios verdadero, uno en sustancia, trino en personas, y fuente de la salvación.

Estamos ante el misterio supremo de la divinidad. El Dios uno del encinar de Mambré[79], de la majestad del monte Horeb, del Sinaí[80], de la suave brisa, leve susurro, que pasó ante Elías[81], es el Dios trinitario, que Jesús, el Verbo

78 Himno *Ave, maris Stella*.
79 Gn 18, 1.
80 Ex 3, 1-6; 19, 3-25.
81 1 Reg 19, 1-14.

encarnado, enviado por el Padre, «llegada la plenitud del tiempo»[82], nos ha revelado por obra del Espíritu Santo. Tiene, por ello, pleno fundamento el que rindamos culto de conjunta adoración simultánea a la santísima Trinidad. Como recuerda con solemne expresión el venerable himno *Vexilla Regis prodeunt,* «en el Padre está todo el Hijo y en el Hijo está todo el Padre».

El testimonio de la liturgia

En el «Gloria», que rezamos o cantamos en la santa Misa, se distinguen dos partes: una introducción estrictamente teocéntrica, breve y supercargada de contenido; y otra más amplia, con el despliegue de la adoración debida a cada una de las Tres Personas. Me fijo en la primera parte, por ser ella la que se ajusta al presente tema.

Ese inicio del «Gloria» constituye una secuencia, que consta solamente de verbos. Ni sustantivos, ni adjetivos, ni adverbios. Sólo acciones verbales plenamente latréuticas todas ellas. «Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias por tu magna gloria». Verbos sucesivos, cuyo significado propio es distinto, pero cuyo contenido y cuya motivación son idénticos: la majestad, eternidad, bondad y gloria divinas. Y nótese ese complemento directo «Te», unitario, concentrado, sobre el que recae la acción propia de los acumulados verbos.

Con este comienzo del «Gloria» entonamos, entona la comunidad de los fieles, un colectivo canto de adoración al Dios uno. Canto abierto a la contemplación personal de los fieles, espaciada, detenida, sosegada, y devotamente atenta.

Concuerda sustancialmente con la estructura del «Gloria» el majestuoso introito de la solemnidad de la Santísima Trinidad, que cierra el ciclo litúrgico de la Pascua. He aquí el texto, conciso, abierto a la consideración adorante.

«Benedictus sit Deus,
Pater
Unigenitusque Dei Filius,
Sanctus quoque Paraclitus Spiritus,
quia fecit nobiscum misericordiam suam».

82 Gal 4, 4.

Es el texto, que une y concentra el reconocimiento simultáneo de la unidad divina y de la Trinidad de personas. Con admirable concisión. Carece del desarrollo cristológico del «Gloria» y se ciñe a la mención reverente de la terna personal divina. El sujeto singular –«*Deus*»– gramaticalmente pasivo de la oración principal se convierte en sujeto activo –*«fecit»*– de la subordinada causal. Y entre la cabecera y el cierre del introito se explicitan personalmente la divinidad del Padre, del Unigénito y del Espíritu Santo. Texto, que abierto a la adoración rendida del cristiano, explica y justifica el tema del presente capítulo.

Ofrece además nuestra liturgia un tercer momento para la adoración trinitaria. Me refiero a la estrofa final, al cierre de las grandes piezas de nuestra himnodia. Todos los grandes himnos tradicionales –elocuente prueba de la *«devotio medievalis»*– terminan con la conjunta invocación unitaria de la santísima Trinidad. Ejemplo: «A Dios Padre la alabanza, a Cristo Rey la gloria, reverencia al Espíritu Santo, para los Tres el mismo honor». Y debe advertirse, como dato no meramente litúrgico, sino dogmático y espiritual, que en numerosos himnos, como el citado, la plenitud de la mención trinitaria no consigna expresamente el nombre del Verbo como Unigénito, sino el nombre bendito del Verbo en cuanto humanado, Cristo, Jesús. Dato cristológico, de valor fundamental: el Verbo no ya sólo como Unigénito del Padre, sino como Dios hombre, redentor del hombre, en el seno de la unidad trinitaria. Jesús, el Cristo, Señor del universo.

En el mismo *«Te Deum»*, adoramos, nos postramos, con los ángeles y con los bienaventurados, ante la Trinidad primero, para pasar inmediatamente después a la adoración singularizada del Verbo encarnado, de cuya obra redentora se hace un prieto, devoto y sucinto resumen, antes de pasar a la segunda parte del *«Te Deum»*, la eucológica o devocional.

Más todavía. En la Misa, reiteración, en cuanto a la realidad, no en cuanto al modo, del sacrificio del Calvario, tanto el comienzo como la conclusión son estrictamente trinitarios, con la significativa suplencia del nombre del Verbo divino, del Unigénito, con la mención expresa de Jesús Mesías: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros». Y al concluir la Misa, de nuevo aparece la concentración trinitaria, precedida de la unidad sustancial del único Dios, pero con la expresión nominal del Verbo, del Unigénito en cuanto tal: «La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros».

Nuevo y capital elemento litúrgico. En la pieza central de la Misa, el Canon, en sus dos momentos cumbres, la consagración y sobre todo la gran Doxología, que la cierra y corona, aparecen la presencia y la acción simultánea, conjunta y plenaria, de la entera Trinidad. No debe silenciarse el hecho central de lo que es y significa y realiza la gran Doxología final del Canon, apoyada en la reiteración cristológica del Calvario: «Por Cristo, con Él y en el Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos».

Expresión la de esta sublime Doxología, que encierra, en la escueta sencillez de sus términos, la inmensidad de la repetición de la gloria de la Cruz, de la resurrección y de la ascensión del Señor. Y hay que añadirlo, la de su eterna presencia como Verbo encarnado, como hombre, glorificado, en el mismo seno de la Trinidad beatísima. Lo recuerda la liturgia en una de sus grandes colectas, hablando con el Padre eterno, y precisando que con la presencia gloriosa eterna de Jesús, el Unigénito del Padre hecho hombre, se encuentra nuestra naturaleza humana glorificada para siempre en el seno mismo de la augusta Trinidad.

Una vez más, la sagrada liturgia se hace escuela de espiritualidad de los fieles, y vía divinamente abierta para la adoración unitaria de la santísima Trinidad. Tiene, pues, fundamento teológico pleno la adoración debida al único Dios, uno en sustancia, trino en personas. La palabra, que Isaías recoge de Yahvé, nos confirma en lo explicado: «Yo soy el Señor y no hay otro, fuera de mí no hay dios... Yo soy el Señor y no hay otro»[83].

Algunas precisiones adicionales

Tras este plural testimonio decisivo de nuestra sagrada liturgia, conviene añadir algunas precisiones.

La primera proviene de la teología dogmática, la cual nos enseña que todas las operaciones de Dios «*ad extra*» son obra conjunta da las tres divinas Personas. San Ignacio, en sus *Ejercicios* se hace eco fiel de esta realidad, cuando nos hace oír la unánime decisión trinitaria: «Hagamos redención del género humano»[84]. Plural unitario, que justifica y requiere la adoración de todos los hombres, beneficiarios de tal gratuita decisión divina.

83 Is 45, 5-6.
84 *Ejercicios* [107].

Segunda precisión. Una cosa es creer en Dios, con la gracia divina, por la sola razón natural, como enseña el concilio Vaticano I y confirma el Vaticano II. Y otra, segundo escalón, creer en Dios, por la fe revelada, en el Señor Jesús, Verbo de Dios encarnado. Y otra, tercer escalón, creer vitalmente, por experiencia, en la Trinidad divina revelada por nuestro Señor Jesús. La adoración trinitaria se sitúa propiamente en este nivel superior. Adorar a la santísima Trinidad supone un conocimiento sobrenatural recibido, por virtud del cual la unitaria realidad divina se deja sentir y ver como infinita, amorosa y asombrosa realidad. Dispone el adorante de una percepción espiritualmente viva, actuante, recibida, directa, clara, poderosa y personal, de la realidad trinitaria. Sin palabras humanas, que la puedan definir adecuadamente.

Esto supuesto, debe añadirse que tal experiencia se vive en soledad, desierto, silencio, reverencia y olvido relativo de todo. Sólo Dios y Dios solo delante del adorador. Unas veces –lo recuerda santa Teresa– Dios habla y escucha al hombre; y otras es el adorador el que habla a Dios, tocado siempre con el asombro y la vergüenza de su historia personal pecadora, y el encendimiento creciente, que de Dios perdonador recibe. Es la verificación del texto del Apocalipsis, anteriormente citado: «Estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y me abre la puerta, entraré en su interior y cenaré con él. Y él conmigo»[85]. Él conmigo a solas.

Última realidad, no fácil de explicar, pero consignada por los grandes maestros del espíritu. Cuando se adora reverentemente y amorosamente a la Trinidad, se está adorando simultáneamente a las tres divinas Personas. Y cuando se adora particularmente a una de Ellas, se está adorando al mismo tiempo a las otras dos. Es la realidad expresada con suma concisión por el ya citado himno latino: *«e trinus unus»*, terna unitaria, a la que adoramos reconociendo igual poder y la misma majestad en sus divinos integrantes.

Las dos miradas

En la adoración trinitaria, como en toda latréutica adoración, se dan dos miradas simultáneas. La mirada hacia Dios y la mirada hacia sí mismo. La del asombro y la de la vergüenza. La primera es la predominante y absorbente. La segunda, introspectiva, cae sobre la inmundicia de los pecados personales. Y

85 Apoc 3, 20.

es en la combinación de estas dos miradas donde aparece y crece la capital virtud de la humildad, la única que hace al hombre capaz de Dios. La adoración presupone la humildad y la humildad lleva a la adoración.

Se acercaban al Señor, para escucharle, no sólo oírle, todos los publicanos y pecadores[86]. Y aprovechó el Señor la ocasión, ante la acostumbrada murmuración crítica de los fariseos, para exponer las tres grandes parábolas de la divina misericordia: la oveja descarriada y recuperada, la dracma perdida y encontrada, y el hijo pródigo alocado vuelto a la casa y a los brazos del padre[87].

La mirada adorante fijada en Dios aleja, deja en segundo plano la mirada sobre la propia suciedad individual del pecador arrepentido y perdonado. Ambas deben mantenerse y ambas deben conjugarse. El amor a Dios tiene que dosificarse con el santo temor filial de Dios[88].

No está de más recordar el mandato del Señor Jesús, cuando rechazó en el desierto la tercera tentación de Satanás. No solamente es exclusiva la adoración a Dios debida. Es también exclusivo el servir solamente a Dios. La primera incluye el segundo elemento de la divina respuesta de Jesús.

Y este divino mandato de la adoración y el servicio exclusivos encierra un misterio real beatificante ya desde ahora. Porque adorar aquí, en el tiempo, a Dios constituye un sorprendente anticipo, preludio, obertura de la eterna bienaventuranza.

Lo declaró con meridianas palabras el Maestro: «Mis ovejas me oyen. Yo las "conozco" personalmente y me "siguen". Y yo les "doy" la vida eterna»[89]. «Quien "come" mi carne y "bebe" mi sangre "tiene" ya la vida eterna»[90]. Todos los verbos –oír, conocer, seguir, dar, comer y beber, tener– en tiempo presente de indicativo anticipador, dentro de la historia de la salvación, dentro del tiempo. Y añade, ahora naturalmente en tiempo futuro, situado allende de la muerte: «Y no "perecerán" eternamente», porque «Yo le "resucitaré" en el último día».

Más aún. En la adoración trinitaria entra también, como añadido consolador, la garantía, el aval personal de Jesús y del Padre eterno: «No hay quien arrebate mis ovejas de mi mano». Y «nadie puede arrebatarlas de la mano

86 Lc 15, 1.
87 Ibíd., 3-32.
88 Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. 40, 1: en *Obras completas*, p. 406: BAC 212 Madrid 1986.
89 Jn 10, 27.
90 Jn 6, 54.

de mi Padre»[91]. Tiempos de presente y de futuro. Es decir, Yo y mi Padre, que somos uno, somos los garantes, los fiadores, los avalistas de ese presente y de ese futuro. Garantía firmada, podríamos decir, con todo respeto, mancomunada, por el Verbo encarnado y el Padre eterno, y asegurada por el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, padre de los pobres pecadores arrepentidos, y luz del corazón humano a lo largo de la historia de la salvación hasta el día final, que llegará.

El testimonio de los salmos

No debe faltar, como complemento necesario de este alto capítulo de la común adoración trinitaria, y como ayuda indispensable e incluso como temática humildemente dialogante y filialmente conmovedora, la recomendación del recurso a los salmos del Antiguo Testamento, tesoro trasmitido íntegramente al Nuevo por el propio Señor Jesús. Recomendación reiterada por Benedicto XVI: son los salmos «el libro de oración por excelencia». Escuela divina, dada a Israel y a la Iglesia, «para enseñar a orar», para «enseñarnos el corazón de Dios», y para adorarle. «Quien reza los salmos, habla a Dios con las mismas palabras, que Dios nos ha dado»[92].

Todas las situaciones exteriores, circunstanciales; todos los estados de ánimo interiores, subjetivos del creyente, tienen en los salmos manifestación exacta y expresión adecuada. Cuando la oscuridad envuelve al alma en «el valle de tinieblas», la vara y el cayado divinos la conducen a la luz[93]. Y al adorador, que se siente como «tierra árida, sedienta y sin agua»[94], el Señor lo lleva a las fuentes de su presencia y de su consuelo: «Todas mis fuentes están en Ti»[95]. Y cuando el peso insoportable de los pecados personales le hunde en profundidades abisales, la mano paterna de Dios le alza a las alturas luminosas de su presencia perdonadora y le llama de nuevo a su intimidad: «Vuelve a mí, yo te he rescatado»[96].

---

91 Ibíd., 28-29.

92 BENEDICTO XVI, Catequesis del miércoles 22 de junio de 2011: *apud, Señor, enséñanos a orar,* pp. 75-80, Madrid 2013.

93 Sal 22, 4.

94 Sal 62, 2.

95 Sal 86, 7.

96 Is 44, 22.

Todo puede resumirse en un venerable texto litúrgico: la colecta del domingo XXVI del Tiempo Ordinario. La manifestación máxima de la omnipotencia divina de la santísima Trinidad es el perdón y la misericordia divinos. Lo anunciaba ya el salmista: «Misericordioso y propicio es el Señor, tardo en airarse y sobremanera clemente»[97]. Clave de esa consoladora manifestación revelada es el misterio de la caridad divina, de su Ser eterno, de su amor por el hombre.

Concluyo, reiterando tres textos confirmativos: uno, tomado del libro de los Proverbios. Y los otros dos, consignado en los salmos 94 y 32. Proverbios: «Son mis delicias estar con los hijos de los hombres». Asombrosa, irrefragable, definitiva declaración auténtica del amor divino[98]. Salmo 94: «Venid, adoremos y postrémonos en presencia de Él; doblemos nuestras rodillas ante Yahvé, nuestro Hacedor»[99]. Salmo 32: «Dichoso el que está absuelto de sus culpas, a quien le han sepultado sus pecados»[100]. Por eso, bien puede afirmarse que el deseo todopoderoso, que Dios tiene de tratar, dialogar, perdonar y enriquecer al hombre es infinitamente mayor que el deseo que el creyente adorador tiene para dialogar, tratar, escuchar, reverenciar, obedecer, amar y adorar a Dios, uno y trino.

Si la misericordia de Dios es la expresión máxima de la justicia divina, la expresión máxima de esa misericordia es precisamente la caridad infinita, trinitaria, que Dios infunde en el corazón del hombre. Obligado resulta que adoremos siempre a la fuente de esa caridad, la santísima Trinidad.

97 Sal 102, 8.
98 Prov 8, 31.
99 Sal 94, 6-7.
100 Sal 32, 1.

Capítulo 4

ADOREMOS AL PADRE ETERNO

San Juan Pablo II, una de las más altas cimas humanas del pasado siglo XX, y cumbre destacada del alto Pontificado Romano contemporáneo, tuvo el acierto de redactar, en el global marco de su magisterio ordinario, la terna trinitaria de sus encíclicas: la *Dives in misericordia* –noviembre de 1980–, la *Redemptor hominis* –marzo de 1979–, y la *Dominum et vivificantem* –mayo de 1986–. La primera, sobre el Padre Eterno; la segunda acerca del Verbo encarnado, Jesús; y dedicada al Espíritu Santo la tercera.

Atiendo ahora, en este capítulo, a la adoración que a Dios Padre eterno debemos. El *«Dominum Deum tuum adorabis»*, que recordó el Señor en el monte de la cuarentena[101], incluye necesariamente la persona del Padre. A esa adoración, que personalmente le debemos, van dedicadas estas líneas, dictadas por los supremos niveles exclusivos del agradecimiento, la reverencia y el amor, que a Dios, uno en sustancia y trino en personas, debemos.

Acercamiento al tema

El acercamiento al solemne tema presente exige una especie de marcha previa de aproximación, que consta de dos momentos íntimamente unidos, descritos y enseñados ambos por el propio Señor Jesús.

El primer momento viene dado por el ejemplo de la constante oración de Jesús a su eterno Padre. Ejemplo envuelto para nosotros en la luminosa nube cierta de la fe; y del que dejaron constancia clara y reiterada los evangelistas. Debo resumirlos y dejarlos abiertos a la consideración devota del lector.

El Señor, Jesús, oraba a su Padre. Era la oración singular, única, inefable para la palabra humana, del Unigénito encarnado, situado en el seno de la beatísima Trinidad y acampado en nuestro suelo. Modelo y ejemplo supremos, y cauce divinamente abierto para la adoración del cristiano al Eterno Padre.

101 Mt 4, 10. Cf. Deut 6, 13.

Oración en soledad, prolongada en el monte de la Cuarentena[102]. Con mucha frecuencia, de noche[103]: «Pasaba las noches, orando a Dios en el monte»[104]. «Solía pasar la noche en el monte llamado de los Olivos»[105]. En total aislamiento[106]. Separado incluso de sus propios discípulos[107], como en la noche que precedió a la confesión de Pedro en Cesarea[108], y aquella otra, en la que preparó la elección de los Apóstoles[109]; o cuando en Cafarnaúm, «al amanecer se fue a un lugar desierto»[110]. Y ante el sepulcro de Lázaro, antes de resucitarlo[111]. Le buscaban las gentes y «él se retiró a un lugar solitario para hacer oración»[112].

En algunas ocasiones, oraba al Padre en voz alta, en presencia de los Apóstoles; oración de la que los evangelistas nos han dejado constancia escrita[113]: en Jerusalén, en vísperas de la Pasión[114]; y sobre todo en el huerto de Getsemaní, su oración al Padre, ejemplo inigualable de oración, a fuer de divino, –«hágase tu voluntad»–, del cumplimiento perfecto de la voluntad del Padre[115].

Ejemplo permanente, al que hay que añadir la advertencia de que oremos al Padre en retiro y soledad[116]; y la enseñanza del contenido sustancial de esa nuestra oración al Padre[117], sobre la cual hemos de volver. Incluso, tras la resurrección y ante la impertinente pregunta de algunos de sus seguidores tocados de un temporalismo residual, el Señor recordó que es el Padre quien fija los tiempos y las circunstancias[118].

---

102 Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13.
103 Mc 1, 35.
104 Lc 6, 12; cf. Mc 3, 13.
105 Lc 21, 37.
106 Mt 14, 23; Lc 11, 1.
107 Jn 11, 54.
108 Lc 9, 18.
109 Lc 6, 12.
110 Lc 4, 42.
111 Jn 11, 41-43.
112 Lc 5, 15-16.
113 Mt 11, 25; Lc 10, 20.
114 Jn 12, 27.
115 Mt 26, 36-46; Mc 14, 32-42; Lc 22, 29-46.
116 Mc 6, 31; Mt 6, 5-8.
117 Mt 6, 9-13; Lc 11, 2-4.
118 Act 1, 6-7.

La ruta de la adoración al Padre

Pero queda un segundo paso en este acercamiento devoto a la adoración debida al Padre eterno. Paso señalado por el propio Jesús con palabras, que tienen el valor de la ruta divina, que hay que seguir.

Lo anticipó el salmista: «Yo te enseñaré y te indicaré el camino, que debes seguir; te instruiré, fijando sobre ti mis ojos»[119]. Y lo precisó y lo reiteró el Maestro. «Conocéis el camino»[120], «Yo soy el camino, la vía»[121]. Y conocemos la puerta: «Yo soy la puerta»[122]. Y lo justificó: «Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»[123], porque «Yo y el Padre somos uno»[124]. Y el Señor tuvo la divina gentileza de explicarnos los caminos divinos de esa comunidad de vida divina, abierta a todos sus discípulos. «Nadie va al Padre sino por mí»[125]. Más aún: «Nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»[126].

Palabras divinas sobrecogedoras, que hemos de considerar posteriormente, y que, por una parte, apuntan a la intimidad de la vida intratrinitaria; y, por otra, explican el itinerario de las rutas de acceso interior al misterio de la beatísima Trinidad y al de la divinidad de Jesús. Enseñanzas, que justifican la sabia insistencia de nuestra Teresa de Jesús de que jamás prescindamos de nuestra mirada a la divinidad de la sacratísima humanidad de nuestro Salvador[127].

Si el silencio interior es el ambiente necesario para adorar al Verbo encarnado, *«genitus ex virgine»*[128]; y ese silencio profundo es el medio adecuado para adorar al Espíritu Santo, también ese silencio, recoleto, asombrado y reverente, es la atmósfera propicia para adorar con filial humildad al Padre eterno. Y nótese que todo ese interno movimiento procede más

119 Sal 31, 8.
120 Jn 14, 4.
121 Jn 14, 6.
122 Jn 10, 7. 9.
123 Jn 14, 7. 9.
124 Jn 10, 30.
125 Jn 14, 6.
126 Mt 11, 27.
127 *Sextas moradas* cap. 7, 6: en Obras completas, p. 549, BAC 212 Madrid 1986. Importante repasar en este aspecto el capítulo 1 de la carta paulina a los Efesios.
128 Del himno litúrgico *Deus de nullo veniens*. Cf. FÉLIX M. AROCENA, *Los himnos de la tradición*, p. 79, BAC Madrid 2013.

por «el susurro de una brisa suave»[129] que por el estruendo temeroso y relampagueante del Sinaí[130]. Testimonio del Hijo, que tuvo su confirmación con las palabras del Padre y con la presencia del Espíritu Santo en el Jordán[131], en el Tabor[132], y en Jerusalén[133].

Hasta aquí la marcha de la obligada aproximación. Estamos ya ante la adoración debida, personalmente también, al Padre eterno.

Jesús, único camino y puerta única

Toda nuestra adoración al Padre discurre, se mantiene y crece simultánea con la adoración del Unigénito encarnado, a la que la adoración del Paráclito nos conduce. No hay otro medio. No cabe otro acceso. Lo manifestó el Señor en sus últimas palabras a los Apóstoles en la cena de despedida: «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti», «yo en ellos y tú en mí...para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos»[134]. Incorporación filial adoptiva, imposible de calificar con adjetivos humanos, que lleva de la mano del Verbo encarnado a la simultánea adoración, filial, del eterno Padre.

No necesitamos ya la petición del Apóstol Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta»[135]. Porque sabemos la divina respuesta del Señor: «Todo me ha sido entregado por el Padre»[136]. «Yo y el Padre somos uno»[137]. «Nosotros somos uno», todo lo que es del Padre es del Hijo; conocer al Hijo es conocer al Padre[138]. Y por ello adorar al Hijo es también adorar al Padre.

San Juan, evangelista, y san Pablo, Apóstol de la gentilidad, nos lo explican con pasajes que asombran y abren dos vías paralelas de estremecida consideración. Como mandato del Padre al Hijo y como obediencia del Hijo al Padre. Aquí se insertan esos pasajes del mandato del Padre y de la obediencia de Jesús.

---

129 1 Reg 19, 12-13.
130 Ex 19, 16-19. Cf. Hebreos 12, 18-24.
131 Mt 3, 16-17; Mc 1, 11; Lc 3, 22.
132 Mt 17, 5; Mc 9, 7; Lc 9, 35.
133 Jn 12, 28.30.
134 Jn 17, 21. 23. 26.
135 Jn 14, 8.
136 Mt 11, 27.
137 Jn 10, 30.
138 Jn 17, 22. 17. 3.

«Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna»[139]. Dios Padre entregó al Verbo para redimir, liberar, recuperar, con el sacrificio de Éste en la cruz, a la humanidad perdida, a todos los hombres. Ya lo había anticipado, años antes, con estremecedora explicación, el Apóstol Pablo: «Al que no conoció el pecado, Dios lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él»[140]. «Cristo canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándolas en la cruz»[141]. El Padre puso sobre la naturaleza humana asumida por el Verbo todo el peso insoportable, toda la responsabilidad inmensa de los pecados de la humanidad. Y así el creyente recibe la santidad, la justicia de Dios, no por méritos propios, sino por los méritos de Jesús crucificado.

Y continúa san Pablo, con un texto, explicativo del anterior, difícil para el comentarista[142], de conmovedor contenido cristológico, y claramente consolatorio para el que ora en adoración ante el Padre eterno:

> «Cristo Jesús, siendo de naturaleza divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo; y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre»[143].

Con perfecta coherencia salvífica, Pablo, maestro de adoradores, entona el himno de acción de gracias a Dios Padre, que cantaban las primeras Iglesias y seguimos cantando los cristianos de todos los tiempos: «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo, con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos»; y pide

---

139 Jn 3, 16.

140 2 Cor 5, 21.

141 Col 2, 14.

142 Véase AUGUSTO SEGOVIA, Comentario a Filipenses, en *La Sagrada Escritura. Texto y comentario,* Nuevo Testamento, vol. II, pp. 756-763, BAC 211 Madrid 1965.

143 Fil 2, 6-11.

Pablo, y con él pedimos nosotros, que los cristianos vivamos los bienes recibidos del Padre por el sacrificio del Unigénito humanado:

> «Que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza, a la que os llama, cuál la riqueza de la gloria, que da en herencia a los santos»[144].

Petición que la venerable liturgia de la Iglesia latina hace suya a diario, como he explicado en el capítulo anterior, con el canto del *«Gloria in excelsis Deo»*. Verbos sabiamente reiterativos, de presente, de acción continuada, ininterrumpida; conjugados en un plural colectivo, porque la adoración no es egocéntrica ni solitaria, es común, abierta y acompañada. Momento este del «Gloria» inicial de la Misa, que tiene luego, en todos y cada uno de los cánones, supersolemne expresión máxima, con la trinitaria doxología, que el sacerdote celebrante, y sólo él, *«in persona Christi»*, en persona de Cristo y con los poderes recibidos de Cristo, eleva al Padre eterno y al Espíritu Santo.

El canon, en todas sus formas y en todos sus componentes, es un himno de adoración al Padre eterno, que la Iglesia canta en todas las Misas.

Tres observaciones

Antes de entrar en el último tramo del presente capítulo, debo añadir tres observaciones a propósito de esta litúrgica y suprema adoración al eterno Padre.

La primera es un simple parecer, que considero al menos relativamente fundado. No sé si quienes asistimos devotamente al santo sacrificio de la Misa, advertimos la singularísima realidad, que se desarrolla en él. En la Misa, toda la Iglesia peregrina habla personal, directa y reverentemente con el Padre eterno. Al renovarse el sacrificio de la cruz, debo repetirlo, el mismo de entonces en cuanto a realidad plena, pero distinto en cuanto a la manera –Jesús glorioso–, estamos, a lo largo de todo el Canon, desde el ofertorio, dirigiéndonos, hablando, adorando a Dios Padre. Él es el gran interlocutor divino del pueblo, que le ofrece de nuevo al divino Verbo humando con la igualmente divina fuerza del Espíritu Santo. La Misa es el momento de máxima e inigualable solemnidad de nuestra común adoración singular al Padre eterno.

144 Ef 1, 17-18. Cf. Act 4, 12.

Segundo punto. Es menester señalar una fuente singular para los contenidos de la adoración al Padre eterno. Me refiero a la oración o colecta, que antecede a las lecturas de la Misa. En aquélla, a lo largo del Año Litúrgico, la Iglesia ha sabido concentrar, con admirable concisión expresiva, las alabanzas, las peticiones, los desahogos, las necesidades, los deseos, los anhelos, que el Pueblo de Dios, por boca del celebrante, eleva directa y confiadamente al Padre eterno, para caminar con paso seguro por los senderos del tiempo, anhelando los bienes futuros, de forma que juzguemos de todo lo temporal a la luz de lo eterno. No sé si este oracional componente de nuestra sagrada liturgia obtiene de ordinario la atención debida y el aprecio que merece, incluso como fuente de expresiones para la adoración del Padre, al que las colectas, salvo escasas excepciones, se dirigen siempre.

La gran oración al Padre eterno

Es el «Padrenuestro» el tema de la tercera observación. No podemos olvidarla, ni recluirla en el desván de la rutina. Es la gran oración universal dirigida expresamente al Padre eterno por el Verbo encarnado. Grande, por la universalidad de los destinatarios, a los que se ordena. Suprema, sin comparación posible, por razón de su autor, Jesús, Dios y hombre verdadero. Única, por la Persona a la que se la eleva, Dios Padre. Perfecta, como pleno compendio auténtico del Evangelio y suma superautorizada de la espiritualidad cristiana.

Es la oración propia, central, de la adoración al eterno Padre. Objeto de grandes exposiciones patrísticas y de innumerables análisis teológicos y de estudios de espiritualidad antiguos y modernos, se halla integrada por seis peticiones, de las que cada una de ellas invita a comentario particular. Seisena oracional, dividida en dos partes perfectamente ensambladas: la primera, dirigida, en alabanza, ruego, obediencia y deseo, al Padre eterno; y la segunda, enderezada igualmente al Padre, pidiéndole su ayuda en nuestras diarias necesidades corporales y espirituales.

He de limitarme, sin embargo, a la inicial invocación: «Padre nuestro». Sustantivo nominal en singular y adjetivo posesivo plural, sobre cuyo contenido gravitan todas las peticiones.

Dios es Padre de los hombres, singularmente del cristiano. Asombrosa, históricamente insólita y novísima y definitiva definición a fuer de divina. Padre del Verbo en el seno de la Trinidad: «Mi Padre». Y Padre de los hombres: «Vuestro Padre». Distinción, que el Señor mantuvo durante toda su vida en el tiempo, y confirmó, ante los Apóstoles, al tiempo de la Ascensión: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y vuestro Dios»[145].

El uso conjunto de estas dos paternidades separa y subraya la inmensa, infinita separación entitativa, que separa a Dios Padre del hombre creado y redimido; y al mismo tiempo acentúa la íntima cercanía permanente de Dios con el hombre. El totalmente Otro nos ha introducido, por obra del Unigénito encarnado, en el seno familiar adoptivo de la propia vida divina. Lo ha consignado la Iglesia en el comienzo también del Credo Apostólico: «Creo en Dios "Padre" todopoderoso».

A la revelación del Maestro: «Uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos»[146], fue respondiendo con aleccionadora insistencia el Apóstol Pablo: «Dios, Padre de todos»[147]. «Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien todo procede, y para el cual somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien existe todo y nosotros por medio de Él»[148]. «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Dios de todo consuelo»[149].

Leemos en los Evangelios dos palabras de Jesús, que poseen un valor paradigmático para cuantos se postran en adoración ante el Padre. Dos pasajes, separados en la vida de Jesús, de nuestro Señor, y unidos en la revelación de la divina filiación del Verbo.

El primero, en el templo de Jerusalén; y el segundo en el templo del Calvario. Uno, a los doce años, cuando se separó de María y de José. Otro a punto de morir en la cruz, cuando la Vida moría para dar vida a los hombres. «Es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre»[150]. Y la postrera palabra del Verbo en el tiempo, crucificado, obediente al Padre hasta la muerte: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu»[151].

---

145 Jn 20, 17. La expresión «Mi Padre» se halla en Jn 10, 25. 30. 33; 17, 1. 11. 21. 24. 25; y en Mt 7, 21; 18, 35; 25, 34. El término «Vuestro Padre» aparece en Mt 5, 45. 48; 6, 4. 6. 8. 18. 26.

146 Mt 23, 9.

147 Ef 4, 6.

148 1 Cor 8, 6.

149 2 Cor 1, 3.

150 Lc 2, 49.

151 Lc 23, 46.

Basten unas líneas sobre el adjetivo «nuestro», que acompaña al sustantivo «Padre» en la invocación inicial del Padrenuestro. Como cristianos y como hombres, mujeres y varones, al adorar estamos retirados, pero no solos. Vivimos en sociedad, en la temporal y en la espiritual. Somos hijos del mismo Dios. Para Dios vivimos todos. Todos recibimos del Padre talentos y todos hemos de dar cuenta al Padre del uso que de ellos hacemos[152]. Y al adorar al Padre, adoramos en compañía, sin individualismos separadores, con la comunión que tenemos en el total Cuerpo místico de Cristo.

En la última Cena, Jesús pidió al Padre que seamos uno. La adoración fomenta la unión. La desunión dificulta, cuando no impide, la adoración. El adorar supone, requiere, fomenta la unificación de los adoradores y de todos los fieles. El aviso, la orden del Señor tiene también aquí su aplicación: «Deja tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda»[153].

Como postrer comentario del «Padrenuestro» me limito a señalar el uso de los pronombres y adjetivos personales, que en él se reiteran. El «tu» de la primera parte, referido al Padre; y el «nuestro» de las peticiones –segunda parte–. Adjetivo plural, social, colectivo, en una palabra, eclesial, que no anula la personalidad individual del «yo» orante, sino que la supone, fortifica y eleva. Junto al «Tu» divino y el «nuestro», social, humano, está el sujeto, que reza, el «yo» del orante, presente en todo el decurso del Padrenuestro.

Apunte de actualidad

Terminan estas reflexiones sobre la adoración filial debida al Padre eterno, con un apunte de grave actualidad. Toda adoración de Dios, dirigida a cualquiera de las tres divinas Personas, exige, lo he recordado antes, el silencio exterior y el silencio interior. Exigencia, que hoy tropieza con un cúmulo no ligero de dificultada, pero exigencia también hoy día absolutamente necesaria. En la adoración a solas, como en todo retiro espiritual, el hombre habla a Dios en silencio y en silencio le escucha y habla Dios.

152 2 Cor 5, 10.
153 Mt 5, 24.

Silencio divino, que en ocasiones se hace sensiblemente total, como si Dios no atendiera, estando como está siempre paternalmente presente y atento ante quien humilde y confiadamente le adora. En el Calvario, a punto de morir en el tiempo, el propio Señor Redentor experimentó este silencio del Padre, dándonos ejemplo de la santificadora elocuencia divina de las noches oscuras, personales o colectivas, de la fe.

Capítulo 5

ADOREMOS A JESÚS, DIOS Y HOMBRE VERDADERO

En el libro de los *Ejercicios espirituales* hace san Ignacio una recomendación, que puede aplicarse en todos los niveles y formas de la oración contemplativa, y también en la reverente, humilde y agradecida adoración a Dios.

Me refiero a la sabia advertencia de que el ejercitante procure en la oración «ver las personas... oír lo que hablan... y mirar lo que hacen»[154]. Y en la contemplación de la Encarnación, añade el aviso de «ver y considerar a las tres personas divinas como en el su solio real o trono de su divina majestad»[155]. Tiene este ignaciano consejo perfecta aplicación en todo ejercicio de adoración a Dios y muy particularmente en la adoración de Jesús, Verbo de Dios encarnado.

Ver las personas, mirar a la Trinidad santísima. Al Unigénito del Padre, como Dios, debemos plena adoración latréutica, igual a la que debemos al Padre y al Paráclito. Pero en el Unigénito se da una realidad humana individualizada, que no se da en el Padre ni en el Espíritu Santo. El Verbo, por común decisión trinitaria, se hizo hombre, asumió una naturaleza humana por obra del Espíritu Santo en el seno de la Inmaculada Virgen María. Y a este Verbo encarnado, en cuanto encarnado, presente como hombre verdadero en la historia, resucitado y ya glorioso, debemos estricta adoración, porque su personalidad es la propia del Unigénito. Dos naturalezas en una sola Persona. Jesús es, como Dios y como hombre, la gloria de la humanidad y el rey del entero universo creado.

Hecha esta previa aclaración, dualidad de naturalezas en Jesús y unicidad de su Persona divina humanizada, conviene adelantar que el ejercicio de la adoración singularizada de nuestro Señor y Salvador Jesús tiene varios momentos de actuación; y ofrece, además, la posibilidad de las varias situaciones personales del orante.

---

154 *Ejercicios* [106-108].
155 Ibíd., [106].

En cuanto a situaciones personales baste indicar que fundamentalmente son tres las adecuadas para adorarle: la primera, en el santo sacrificio de la Misa; la segunda, en el Sagrario; y la tercera, en el corazón del creyente, en el íntimo y recoleto recinto de su conciencia. Algo más añadiré sobre este tercer punto al final del capítulo.

Interesa a nuestro propósito ampliar singularmente estos momentos de actuación adorante, exponiendo el contenido singular de cada uno de ellos.

Ante la Encarnación del Verbo de Dios

Hay un primer momento superlativo de adoración de Jesús: el de su encarnación, el de su entrada en el agitado curso de la humanidad tarada por el pecado, cuando «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»[156]. Nada humano, absolutamente nada, puede compararse con este único y supremo instante divino de la Encarnación. Es el momento más solemne, sobrecogedor y decisivo de toda la historia de la humanidad. Instante sublime, de directa acción divina, descrita con palabras humanas, que permanecen indescriptibles. Hora, que se alzó como cima inigualable del mismo desarrollo universal y continuado de la entera creación del tiempo.

Toda la Trinidad, como *fons salutis*, «fuente de salvación»[157], está presente y actuante, por decisión conjunta, en esta su suprema obra *«ad extra»*. Es la hora en que el Espíritu Santo, por la decisión común de la *«bonitas»* divina[158], deposita en el seno virginal de María, la elegida, la Inmaculada, el inicio del cuerpo humano, que el Unigénito del Padre, el Verbo eterno, asumía en su Persona divina. Momento que supera con creces el de la misma acción inicial creadora del entero universo y de su evolución posterior hacia la vida y el hombre.

En aquella hora irrepetible, en un lugar olvidado de la Palestina romanizada, en un hogar humanamente desconocido, divinamente elegido, se realiza el supremo momento de toda la historia de la humanidad y del universo. Nada puede compararse con la magnitud del anuncio, que de

156 Jn 1, 14.
157 Himno litúrgico *Vexilla Regis prodeunt*.
158 Himno «Deus de nullo veniens».

un ángel recibe una joven Virgen, María, para ser la Madre del Dios, que en ella viene a albergarse, como *«flos matris virginis»*[159].

El autor de la Carta a los Hebreos complementa el sublime prólogo del Evangelio de san Juan: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo»[160]. Testimonio, que san Pablo completó, al predicar «el misterio escondido desde los siglos y desde las generaciones, y ahora manifestado a sus santos», es decir, el favor inmerecido de que el «el Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor»[161].

Tenemos así en la Encarnación un inicial motivo de rendida adoración a Jesús.

Dios y hombre verdadero

Segundo momento y segunda motivación. En la adoración de nuestro Señor, de Jesús se da una particularidad, que, como he adelantado, no se da en la adoración propia del Padre y en la del Espíritu Santo. Era y es «*ab aeterno*» Dios. Fue en el tiempo y es para siempre auténtico hombre. Y podemos dirigirnos a Él, a Jesús, como a Dios verdadero y recordarle su vida entre nosotros. Este recordatorio ofrece amplísima y adecuada materia para la adoración.

Podemos evocar, en el clima adorante, la admiración, que sus preguntas y respuestas suscitaron entre los doctores de la Ley en el templo, cuando con doce años se quedó en Jerusalén sin que María y José lo advirtieran[162]. O el estupor general de sus oyentes, cuando hablaba, con notoria autoridad y total dominio de la Escritura Sagrada, en las sinagogas[163]. Como reconocieron los alguaciles, que iban a prenderlo, y volvieron sin Él, sorprendidos, porque nadie hablaba como aquel Maestro hablaba[164]. Y podemos recordar admirativamente la singular capacidad dialéctica,

159 Secuencia *Iesus, Rex admirabilis*.
160 Heb 1, 1-2.
161 Col 1, 26. 13.
162 Lc 2, 47.
163 Lc 4, 20-22; Mt 7, 28-29.
164 Jn 7, 46.

con que respondía a las capciosas preguntas de los fariseos, elevando sus respuestas a la categoría de nuevas enseñanzas y definitivas normas inéditas de conducta. Y también, sus claras declaraciones autobiográficas: más que Jonás, más que Salomón, más que el Templo[165]; y sobre todo, la gran afirmación paladina y oficial, ante escribas y fariseos, de su preexistencia respecto de Abraham[166]. E igualmente sus cansancios y su sed junto al pozo de Jacob en Samaria[167]. Y su profundísimo sueño en la barca, del que no le despertaba ni siquiera la repentina borrasca[168]. Y sus encuentros –comía y bebía– con los publicanos, con los pecadores y con los mismos fariseos[169].

La adoración es hora, sobre todo, de recordarle al Señor el triduo de su Pasión, muerte y Resurrección, con el divino ramo devoto de la consideración de sus Siete Palabras en la cruz. Punto, sobre el cual vuelvo más adelante.

En el seno de la Trinidad

Tercer momento de singular y suprema solemnidad: el de adorarle a Él, a Jesús, en su eterna sede postascensional, en el seno mismo de la santísima Trinidad, glorioso ya como Rey del orden angélico, del universo entero, y de la total humanidad, realidad que la santa Iglesia celebra al concluir el Tiempo Ordinario del Año litúrgico.

A «la Tienda del Encuentro con Dios, que Moisés, siervo de Dios, había hecho en el desierto»[170], y Salomón instaló en el gran Templo por él levantado en Jerusalén[171], ha sucedido la presencia permanente del Verbo encarnado glorioso en el sacrificio de la Misa y en el Sagrario de nuestras iglesias.

Fallan ante Él, como recuerda santo Tomás de Aquino, los sentidos, pero acierta la fe, ya que nada hay más verdadero que la palabra de Jesús, fuente de certeza sin parangón posible para el hombre creyente, y en realidad para todo hombre. Bien puede quien adora a Jesús en el Sacramento

165 Mt 12, 41. 42. 6.
166 Jn 8, 58.
167 Jn 4, 6.
168 Mt 8, 24.
169 Mt 11, 19.
170 2 Cron 1, 3.
171 2 Cron 2-3-4.

aplicarse la gran garantía de sus palabras: «A vosotros se os ha dado a conocer el misterio, los misterios, del Reino de Dios»[172].

No huelga el consignar otro aspecto central de este momento, abierto a la consideración adorante. Me refiero a las palabras de Jesús, el Señor, que nos abren el velo sagrado de la vida íntima de la Trinidad. Expresión de la infinita y suprema realidad de las trascendentales mociones interiores del único y trino Dios.

«Nadie viene (llega) al Padre sino por mí»[173]. Y «nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo»[174].

Jesús es, por ello, el único camino hacia la Trinidad. No hay ni puede haber otra vía[175]. Él es la puerta única de entrada en el templo de la divinidad[176]. Es la única luz, que alumbra el camino y señala la puerta[177]. Los perfiles de la magna afirmación autobiográfica se acentúan y completan. «El que me ve a mí, ve al Padre»[178]. «Quien me ha visto, ha visto al que me ha enviado»[179]. Y como confirmación definitiva, ante los fariseos: «Yo y el Padre somos una sola realidad»[180]. «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»[181].

San Pedro, ante el Sanedrín y tras la resurrección de Jesús, reiteró esta exclusiva y divina unicidad salvadora: «Ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados»[182].

Pero es Pablo quien nos ha explicado el contenido de la palabra de Jesús a los Apóstoles en la última cena: «El Padre personalmente os ama»[183]. Palabra dirigida a los Apóstoles y en ellos a todos nosotros. Capítulo primero de la Carta a los Efesios. Pablo explica las que podríamos llamar cuatro divinas oleadas del amor misericordioso del Padre a cada cristiano: primera, la bendición «en Cristo»; segunda, la elección «en el mismo» antes de la

172 Mc 4, 11; lc 8, 10.
173 Jn 14, 6.
174 Mt 11, 27; y Lc 10, 22.
175 Jn 14, 6.
176 Jn 10, 7.
177 Jn 8, 12; 9, 5.
178 Jn 14, 9.
179 Jn 12, 45.
180 Jn 10, 30.
181 Jn 14, 10-11.
182 Acr 4, 12
183 Jn 16, 27.

creación del mundo; la tercera, la adopción filial «por medio de Jesucristo»; y la cuarta, la donación de la gracia sobrenatural «en el Amado», en Jesús y sólo en Él[184]. Y todo por la redención, por la Pasión, muerte y Resurrección del Verbo humanado, en quien –*«in ipso»*– tiene previsto y ordenado el Padre «recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra», con la encarnación, la muerte, la resurrección y la ascensión, y el retorno glorioso de Jesús al seno de la Trinidad, a su divinidad siempre en Él presente.

Ante la Pasión y la Resurrección del Señor

En el ilimitado campo de las consideraciones agradecidas, que se ofrecen para adorar a nuestro Señor Jesús, destaca sobremanera una, de importancia inexcusable y de significación capital. La acabo de indicar. La sagrada Pasión, la cruz liberadora, el *«mysterium crucis»*. Suprema, central y decisoria realidad siempre presente, con singular acento también en las horas de pura adoración.

Importa recordar a este propósito los primeros versículos del capítulo 17 del Evangelio de san Juan. Es el capítulo de la oración personal, que, al final de la última Cena, Jesús dirige en alta voz, en presencia de sus Apóstoles, a su eterno Padre. Faltan unas horas para la Pasión, para la agonía inicial de Getsemaní.

Y habla Jesús, hombre y Dios al mismo tiempo, en su diálogo con el Padre, de dos glorificaciones. Una, la del Padre y de la entera Trinidad, llevada a cabo, realizada por Jesús en el tiempo, aquí en la tierra. Y otra, la glorificación, que Jesús personalmente pide al Padre por la plenitud sacrificada de su obediencia, que quedará cumplida al día siguiente.

Y nótese, es importante, que quien pide al Padre es el Verbo encarnado en cuanto encarnado, es decir, quien pide es Jesús. «Yo te he glorificado en la tierra, llevando a término la obra que me encomendaste» (Jn 17,4). Y ¿qué pide Jesús al Padre? «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique». Y ¿en qué consiste esa glorificación que Jesús ruega? La respuesta la da el propio peticionario con toda claridad, reafirmando su divinidad. «Padre, glorifícame Tú junto a Ti con la gloria, que contigo tenía antes de que el mundo existiese» (Jn 17,5).

184 Ef 1, 3-6.

¡Ver las personas, oír lo que dicen, mirar lo que hacen!

Cuando estamos adorando a Jesús, clausurado en el sagrario o manifiesto en la custodia, estamos adorando al Jesús ya glorioso, a la singular y del todo excepcional persona del Verbo humanizado, de Jesús, nuestro Redentor, situada ya en el seno de la misma santísima Trinidad. Con su providencial genialidad de perfecto ajuste entre la inefable realidad y su posible expresión humana lo consignó san Pablo: «En Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9). «La totalidad de perfecciones y atributos, que nuestro entendimiento distingue en la simplicísima esencia divina» se halla en la persona de Jesús glorificado tras su resurrección[185]. En Él, en Cristo Jesús. Y lo repite la Iglesia, en su liturgia, en una de sus oraciones colectas: «En Jesús está contigo (el Padre) nuestra sustancia», nuestra naturaleza humana.

En aquellas solemnísimas horas de la sagrada Pasión se operó la liberación definitiva de la humanidad. Quedó clavado en la cruz el documento de nuestra condenación, y borrado así el pecado original, mermados definitivamente sus efectos, y recuperada la originaria filiación divina del hombre. La cruz del Calvario sigue levantada en la historia como prueba suprema del infinito amor de Dios, de la santísima Trinidad, al hombre; y como divino imán singular e irresistible de la respuesta del corazón del creyente a ese inefable y gratuito amor misericordioso de Dios y singularmente de Jesús.

Es san Pablo, una vez más, quien nos ha explicado la hondura, humanamente inexplicable, del sacrificio redentor de la cruz, con palabras, que abren dos perspectivas simultáneas, ya que pueden meditarse, unas desde el solio del Padre eterno, y otras, desde la humanidad del mismo Jesús paciente. Aquí, en esta perspectiva, la adoración se sitúa en el plano de la sagrada humanidad divinizada de Jesús.

«A quien no conocía el pecado, Dios le hizo pecado a favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia en Él»[186]. «Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros la sentencia de la reconciliación»[187]. Concreta, con insistencia, san Pablo lo de la sentencia borrada: Dios nos perdonó y perdona, cancelando el quirógrafo, «borrando la nota de cargo, que nos condenaba

185 PASTOR GUTIÉRREZ, *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento*, vol. II, p. 845, BAC 211, Madrid 1965.
186 2 Cor 5, 21.
187 Ibíd., 19.

con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz»[188]. Insiste Pablo, para ahondar en este insondable misterio: «Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros»[189].

Quien considere esta explicación paulina, que tiene claras resonancias de sus previos años de desierto, no puede menos de hacer suya la exclamación del Apóstol de los gentiles: «Jamás me gloriaré si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo»[190].

Hay que detenerse, con reverencia suma, ante la petición de Jesús al Padre, que he explicado antes, y ante estas sentencias del gran convertido del camino de Damasco. Porque se encierran en aquella petición dominical y en estas sentencias paulinas los misterios capitales de la fe cristiana y de la redención de la humanidad.

Las horas de Getsemaní, de la casa de Anás, del palacio de Caifás, del Pretorio, y del Calvario. Las de la súplica, por los Evangelios recogida, y las de la respuesta amorosamente sorda del Padre. No era sólo la previsión dolorosamente lúcida de los inminentes sufrimientos, que le aguardaban. Era además, y debe subrayarse, el peso insoportable del inmundo albañal colectivo de los pecados acumulados de la entera humanidad. Y era sobre todo el misterioso rechazo del Padre, que hacía de la humanidad del Verbo la responsable personal de ese peso, rechazo que tendría en la cruz expresión real, sobrecogedora, asombrosa, solamente explicable a la luz de la infinita caridad de Dios hacia el hombre.

Nuestra sagrada liturgia ha sabido, a lo largo de los siglos, prolongar fielmente el canto estremecido de san Pablo, eco igualmente fiel del Evangelio de la Pasión del Señor: «Salve, cruz, esperanza única del hombre». «En la cruz está fijada nuestra salvación». «Enhiesta se eleva la cruz, mientras corre el rodar de los siglos». En ella está Él, «que es nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección; Él, que nos ha salvado y liberado».

En el Antiguo Testamento Dios se afirmaba ante Israel, circundado por numerosos politeísmos, como único Dios[191]. Tras la cruz y el sepulcro, Jesús, desde el glorioso amanecer de la primera hora del primer domingo

188 Col 2, 14.
189 Rom 8, 32.
190 Gal 6, 14.
191 Deut 4, 35; 32, 29.

cristiano, Jesús se declara ante la humanidad único redentor del hombre. Ni hay, ni puede haber otro salvador.

Al adorar a Jesús, Dios y hombre verdadero, en silencio y concentración interiores, estamos adorando al mismo tiempo al Padre eterno, que lo envió, no lo libró de la cruz, y lo glorificó; y al Espíritu Santo, que prolonga, aplica, mantiene y defiende la obra redentora de Jesús con la fuerza incontrastable de su divinidad.

Nos envuelve en su eterna caridad el Espíritu Santo, divino administrador de la sangre redentora de Jesús[192].

Impotentes son las palabras. Sólo queda el silencio de la escucha interior. Sólo resta el nombre de Jesús: *«Mel in ore, auri melos, in corde iubilus»*, miel en los labios, melodía del oído, júbilo del corazón»[193].

Singularidad devocional fundamentada

La adoración de Jesús ofrece además, como queda indicado anteriormente, una singularidad que la distingue parcialmente de la adoración debida al Padre y al Paráclito. Es adoración del Unigénito hecho hombre y glorioso ya.

No huelga reiterarlo. Jesús, como hombre unido hipostáticamente al Verbo, reclama nuestra adoración como hombre y como Dios. Porque la persona es la misma. De ahí que la adoración de Jesús ofrezca la singularidad, que he señalado y debemos tener siempre muy en cuenta. Jesús era en el tiempo, con su humanidad paciente, Dios; y es en el seno de la Trinidad, con su humanidad glorificada, Dios.

Debo a este propósito explicar un principio de la teología dogmática, que justifica y fundamente la singularidad devocional, de la que la adoración eucarística posee y ostenta.

Es evidente que la adoración al Señor sacramentado, clausurado en el sagrario, presenta una facilidad, una frecuencia y una pluralidad de formas, que a un observador superficial podría hacer pensar que quedan en posición relegada la adoración, que al eterno Padre y al Espíritu Santo debemos. Tal conclusión resulta equivocada.

---

192 Jn 6, 64. 14, 16. 16, 13; Rom 8, 16. 26-27; 1 Cor 2, 10; 2 Cor 3, 17; 1 Jn 5, 6.

193 SAN BERNARDO, *Sobre el Cantar de los Cantares*, Sermón 15, III: en *Obras completas*, vol. V, p. 226, BAC 491, Madrid 1987.

Es igualmente cierta la atención variada, intensa y continuada, que a la adoración eucarística ha prestado y presta la santa Iglesia. De ella ha hablado no pocas veces el mismo Magisterio y de ella son muestra elocuente las congregaciones religiosas nacidas bajo el impulso de la sagrada eucaristía, los congresos eucarísticos, nacionales o internacionales, el privilegio de algunas basílicas o catedrales de mantener la exposición continua del Santísimo, incluso durante toda la noche, la solemnidad del Corpus y las procesiones con el Santísimo expuesto recorriendo las calles de nuestras ciudades, las asociaciones eucarísticas, entre las cuales cabe destacar la ya centenaria Adoración Nocturna española, y la pléyade de los grandes santos, que sobresalieron por su amor a la Eucaristía, como por ejemplo san Pascual Bailón, san Bernardino de Siena, san Antonio María Claret y san Manuel González García, llamado con razón el Obispo de la Eucaristía.

Todo ello demuestra que la adoración eucarística de Jesús sacramentado se mueve dentro del área definida por el principio regulador de la teología dogmática, que establece que todas las operaciones divinas *ad extra* son obra conjunta de las tres divinas personas. Por eso, en la creación de los ángeles, del universo y del hombre y en la misma decisión redentora del hombre intervino la completa unidad trinitaria. En cambio, en el divino efecto operativo de la Encarnación, actuó solamente el Unigénito, hecho hombre, al que el Padre y el Espíritu Santo encomendaron que como hombre, con su humanidad divinizada, redimiera *per sanguinem* a la humanidad perdida.

Por dos motivos. Jesús, oculto, pero velado en el sagrario sigue siendo el único camino, la única puerta, el único intercesor divino para llegar a la Trinidad beatísima. Y además quien le adora en el sagrario está adorando también al Padre y al Paráclito, porque en virtud de la divina unidad sustancial, como advierte la liturgia, «en el Padre está todo el Hijo y en el Hijo está todo el Padre», *«in Patre totus Filius et totus in Verbo Pater»*[194].

No se da, por tanto, dificultad alguna en el divino predominio, que en la genuina devoción cristiana ostenta el Sagrario y la consiguiente adoración general y constante de la genuina adoración eucarística. Jesús sigue siendo el único camino, la única puerta, y el único Salvador del hombre. *«Extra Iesum, nulla salus»*, no hay salvación fuera de Jesús.

194 Himno «Splendor paternae gloriae», última estrofa.

Capítulo 6

ADOREMOS AL ESPÍRITU SANTO

En la audiencia general del miércoles 6 de junio de 1973, Pablo VI, hoy ya canonizado, alzaba una pregunta a toda la santa Iglesia peregrina: «*Chiesa, come va la tua vita spirituale*»[195]. Estaba exponiendo la catequesis sobre el Espíritu Santo.

Veinte y siete años después, en el diario madrileño ABC, del 26 de mayo de 1996, el Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo emérito entonces de Toledo, comentando las lecturas del domingo de Pentecostés, decía lo siguiente:

> «Hemos incurrido en un fallo tremendo y doloroso, al no educar al pueblo cristiano en la fe, la devoción y el amor al Espíritu Santo. Esta ausencia supone una desertización de la Iglesia. No podemos vivir sin el Espíritu, sin hablar con Él, sin invocarle silenciosamente y confiadamente, con lenguaje de enamorados».

Y recordaba que la encíclica *Dominum et vivificantem* de Juan Pablo II, hoy ya también canonizado, fue escrita y publicada «para suscitar en los fieles una devoción cada vez más viva a la tercera Persona de la Santísima Trinidad, a la que Cristo, antes de subir al cielo, encomendó la tarea de guiar a su Iglesia "hacia la verdad plena"»[196].

Decía, en ocasión posterior, don Marcelo que si se le diera a elegir solamente una de las tres encíclicas trinitarias de Juan Pablo II, «me costaría mucho hacerlo, pero creo que al fin mi mano se extendería suplicante a la del Espíritu Santo»[197].

En la audiencia general anteriormente citada, san Pablo VI insistió: «De la cristología y especialmente de la eclesiología del Vaticano II debe

---

195 *Insegnamenti di Paolo VI*, XI, p. 478.

196 Jn 16, 13. Cf. ANTONIO ROYO VILLANOVA, *El gran desconocido*, pp. 8-11, Madrid 1997.

197 Prólogo a la obra de DEMETRIO FERNÁNDEZ, *El cristocentrismo de Juan Pablo II*, Toledo. En *Obras completas*, vol. X, p. 35, Toledo 2014.

derivar un estudio nuevo y un culto nuevo del Espíritu Santo, precisamente como complemento ineludible de la enseñanza conciliar...Es el Espíritu Santo el animador, santificador y unificador de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. Debemos abrir la ventana a la entrada del soplo y de la luz del Espíritu Santo», ya que «el primer campo de la acción del Paráclito es "el corazón del hombre"», el corazón como centro íntimo, libre, profundo, personal de nuestra vida interior.

> «Quien no tiene una propia vida interior carece de la capacidad ordinaria para recibir al Espíritu Santo, para escuchar su voz tenue y dulce, de recibir sus inspiraciones, de disfrutar de su carisma»[198].

Es el Espíritu el dador personal de los siete dones. En nuestra vida personal y en nuestra acción de apostolado, en la entera vida de la Iglesia. No somos nosotros fuertes por nuestros medios, por nuestras posibilidades e iniciativas, sino porque el Espíritu del Señor está en nosotros y con nosotros obra. En toda época, ocasión y circunstancias es Él quien tiene el primado absoluto, la iniciativa plena, la divina fuerza todopoderosa de la evangelización.

El impulso litúrgico de la adoración al Espíritu Santo

Importa anticipar que la genuina adoración eucarística lleva a la adoración del Espíritu Santo y que ésta, a su vez, conduce a aquélla. Y que ambas llevan a la adoración del Padre eterno y de ésta se retorna a aquéllas. Hay un solo Dios y tres Personas, como dice la himnodia latina, *«e trinus unus»*. Esto supuesto, conviene adentrarse con suma reverencia en el testimonio de nuestra liturgia sobre la adoración del Espíritu Santo.

En la solemnidad de la Ascensión

En la «poscomunión» de la misa de la solemnidad de la Ascensión del Señor se leen dos importantes textos: uno, que certifica un inmenso don divino hecho por Dios al hombre; y otro, que nos recuerda una realidad divina.

198 *Insegnamenti di Paolo VI,* XI, pp. 476-478.

Don divino: *«Deus Pater, qui nos iam in terra constitutos divina tractare concedis»*. Que traducido con amplia fidelidad al castellano dice: «Dios Padre, que nos concedes ya desde ahora, desde el tiempo, habitantes de la tierra, meditar, considerar, contemplar, admirar, tratar las realidades divinas».

Requiere este venerable texto litúrgico un comentario para todos los fieles, no sólo para los espirituales.

Lo primero que hay que subrayar es el verbo central de la proposición: el «*concedis*», concedes, tiempo de presente de indicativo, y como tal expresivo de un hecho actual permanente, continuado, del sujeto activo, el Padre eterno. Se trata de una concesión, un regalo, un don divino, que ha partido y parte del amor del Padre eterno al hombre. Concesión gratuita, no previamente merecida por el beneficiado, y cuya causa es totalmente el amor del Padre: «El Padre os ama»[199]. Y además es concesión, don de presente –presente de acción ininterrumpida–, favor permanente, incesante, general, al alcance de todos.

Segundo matiz de consideración: «las realidades divinas», esto es, el contenido del favor, de la concesión, que es nada menos que el trato con las «realidades divinas», con el ser y el operar de Dios. La divinidad queda abierta en plenitud al corazón, a la mente, al ser del hombre. Se nos certifica, en esta plegaria litúrgica, que podemos entrar en «la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia», del ser de Dios[200]. Ya desde ahora, , en el tiempo, mientras somos viadores: *«in terra constituti»*.

Conviene considerar, además, como núcleo básico del don recibido y de la realidad divina comunicada, el valor de intimidad, de continuidad, de familiaridad, que tienen el verbo *«tractare»* y su complemento directo las realidades, la vida divina. La liturgia recuerda sabiamente la palabra del Señor como Buen Pastor: «Yo "doy" a mis ovejas la vida eterna»[201]. «Doy» ya ahora, aquí, no solamente allá, «después».

Tercera aportación, que cierra el contenido de esta poscomunión de la Ascención: *«illuc... quo tecum est nostra substantia»*, sintagma, que traducido designa «la sede eterna, *illuc*, en la que con Jesús, glorificado, está contigo, *tecum*, nuestra sustancia, nuestra naturaleza humana». Es decir,

199 Jn 16, 27.
200 Rom 11, 33.
201 Jn 10, 28.

que la humanidad, con el Verbo encarnado, se halla presente, eternamente gloriosa, en el seno mismo íntimo de la Trinidad, de la divinidad. Cima infinita de la humanidad asunta por el Verbo.

Esta poscomunión de la misa de la Ascensión se halla supercargada de contenido vital, de teología arrodillada y asombrada, de devota invitación a adorar al Espíritu Santo.

El viernes previo a Pentecostés

Tras la solemnidad de la Ascensión del Señor, la liturgia latina dominical va preparando a los fieles para la inmediata solemnidad de Pentecostés.

En la «colecta» de la feria sexta, viernes, de la VII Semana de Pascua, la Iglesia pide al Padre eterno que nos aumente la fe: *«ad fidei transferamur augmentum»*, que «nos vaya elevando Él en los niveles de la fe». Resonancia litúrgica fiel de la petición evangélica de los Apóstoles: «Acrecienta nuestra fe»[202].

Debe notarse el valor definidor de la voz pasiva *«transferamur»*, voz pasiva, que manifiesta nuevamente que la fe y los aumentos, los escalones de esta virtud teologal de la fe, son dones gratuitos de Dios. Él es quien concede, el donante, el elevador. Las virtudes teologales no son cosecha de nuestra aridez e infecundidad. Son fruto de las fuentes divinas, como reconoce el salmista: «Todas mis fuentes están en ti»[203]. Somos siempre puros concesionarios, receptores, beneficiados de Dios.

Se da en la vida cristiana una progresiva ascensión de la mano del Señor, y el paso a las sucesivas alturas es puro don de Dios. Y a medida que se sube, se esclarece y potencia el ya indicado *«tractare divina»*.

Pero hay más. En esta feria sexta –viernes– de la VII Semana de Pascua, anticipando ya la solemnidad de Pentecostés, la Iglesia pide en la «secreta», hoy llamada *«oratio super oblata»*, que *«Spiritus sanctus adveniens conscientias nostras emundet»*, que, con su venida, el Espíritu Santo limpie, arregle, ordene nuestras conciencias. Limpieza de la suciedad, de la sordidez, del albañal de nuestra conciencia pecadora. Es una de las

202 Lc 17, 5.
203 Sal 87, 7.

divinas funciones del Paráclito, quien con la sangre redentora del Verbo glorificado lava las impurezas, las manchas, las miserias, los desórdenes, los pecados de nuestra alma.

Gran petición básica de la Iglesia al Padre, para que el Espíritu Santo adecente el recinto interior, la conciencia de los fieles. Es la petición humilde y confiada, que en el himno latino *«Adoro Te devote»* dirigimos a Jesús sacramentado: *«Me inmundum munda tuo sanguine»*, lava con tu sangre mis inmundicias. Ya aquí en el tiempo, en medio de nuestra diaria miseria, corresponde al divino Paráclito realizar este divino aseo.

Es menester mencionar y subrayar esta realidad capital: toda la labor de purificación, de adecentamiento del alma en el camino de la ascesis cristiana es obra, por apropiación, del Espíritu Santo. Es la sangre del Redentor la que nos limpia y es la acción del Espíritu la que nos la aplica personalmente y continuamente.

En la víspera de Pentecostés

Todo lo anterior se confirma de nuevo en esta grávida VII Semana de Pascua, con otro texto litúrgico homogéneo. En la oración «secreta» del sábado de esa VII Semana, se confirma todo lo hasta aquí explicado, ya que *«Spiritus Sanctus adveniens, Ipse est remissio omnium peccatorum»*, o sea, que «el Espíritu Santo, que está llegando, es Él personalmente –*Ipse*– el perdón de todos los pecados». Es Él el sujeto agente, el protagonista de ese perdón de alcance universal. Llama la atención un importante matiz: el Señor, Jesús, no dijo meramente *«Ille»*, Él, el Espíritu Santo; sino que además precisó, al decir *«Ipse»*, que es el Espíritu Santo en persona, quien personalmente, perdonaría. Matiz, realidad divina personalizada, que Isaías anticipó, cuando puso en labios de Yahvé el: «Soy yo, soy yo, en persona, *Ipse*, quien, por amor de mí, borro todos tus pecados y no volveré a acordarme de ellos»[204].

Se cierra este momento de previa preparación litúrgica para la venida del Espíritu Santo con otro texto, tomado también de la VII Semana de Pascua: la «colecta» de la feria tercera –martes–, en la que pedimos que el Espíritu Santo «con su venida, morando dignamente en nosotros, nos

204 Is 43, 24-25.

haga templos de su gloria». De nuevo la petición para efectos de presente, no solamente de futuro. Presencia actualizada, ya comprobada por san Pablo: *«Vos estis templum Dei»*, sois, somos templos de Dios ya aquí[205].

En la solemnidad de Pentecostés

Y llegamos a la ungida liturgia de la solemnidad de Pentecostés. Causa admiración la riqueza no solamente teológica, sino sobre todo espiritual, de las dos misas y de la secuencia de esta solemnidad, que debo resumir, ya que las tres –misas y secuencia– merecen todo un particular estudio detenido.

Dos observaciones previas. Primera, la venida del Espíritu debía producirse tras el retorno de Jesús resucitado, glorioso, al seno de la Trinidad[206]. Segunda: no se llega al Padre, sino por Jesús[207]; y a Jesús sólo se llega de la mano del Espíritu Santo[208].

Es una sola la gran petición de la Iglesia en este solemnísimo día: que se repita hoy la efusión de ayer, de Pentecostés, sobre la Iglesia naciente. Común petición de la poscomunión de la misa de la víspera y de la colecta del domingo: que vivamos fervorosamente y continuamente «hoy» con aquel Espíritu, que infundiste de manera inefable «ayer» a tus Apóstoles. Petición objetivamente ampliada en la referida colecta: «Lo que la divina bondad obró al comienzo mismo de la predicación del Evangelio, lo repita también ahora realizándolo en el corazón de los fieles».

Súplica, que se complementa con la de la «secreta», al rogar el sacerdote que «el Espíritu Santo nos revele con creciente claridad el misterio de la misa y nos manifieste propicio toda la amplitud de la verdad». Es el prefacio el que resume todo lo que la Iglesia pide al Padre eterno en este solemne domingo: la *«scientia deitatis»*, la *«coelestis sapientiae eruditio»*[209], esto es, el conocimiento amoroso filial de la divinidad, de la eterna sabiduría.

Sólo queda consignar meramente dos entrañables piezas litúrgicas complementarias de valor extraordinario: la secuencia de la misa *«Veni,*

205 2 Cor 6, 16.
206 Jn 7, 39.
207 Jn 14, 6.
208 1 Cor 12, 3.
209 Colecta de la Misa del II domingo de Adviento.

Sancte Spiritus»; y el gran himno, inagotable para la contemplación humilde y agradecida, del *«Veni, Creator Spiritus»*.

Amplia es la materia, con que devotamente la liturgia latina enriquece la adoración al Espíritu Santo.

Las palabras del Señor sobre el Espíritu Santo

Son estas divinas palabras del Señor, de Jesús, la fuente primaria suprema de la adoración, que al Espíritu Santo debemos. Palabras abiertas a la consideración, de audiencia pasiva primero y de cumplimiento activo después, de los fieles discípulos de todos los tiempos. Y enseñanzas, que aquí discurren no por la vía de la previa exégesis técnica, sino de la sencillez de espíritu propia de los adoradores del único Dios en la beatísima Trinidad de Personas, del insondable *«e tribus unus»* de nuestra venerable liturgia.

Tres momentos conviene distinguir: la promesa que el Señor nos hizo de la venida del Paráclito; el cumplimiento de la promesa; y su continuidad en todo el tiempo de la Iglesia, de la evangelización hasta el último día.

La promesa

Fue durante la solemne intimidad recoleta de la última Cena, horas antes de la Pasión del Señor. Promesa hecha en la hora suprema, en la que el Redentor se despedía de los Apóstoles y clausuraba su presencia en el tiempo. Promesa, que apuntaba a una divina asistencia perpetua, indefectible, y a la consiguiente adoración del nuevo Paráclito.

> «Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros»[210].

> «El Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho»[211].

210 Jn 14, 16-17.
211 Ibíd., 26.

«Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí»[212].

«Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré. Y cuando venga, dejará convicto al mundo acerca de un pecado, de una justicia y de una condena. De un pecado, porque no creen en mí; de una justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis; de una condena, porque el príncipe de este mundo está condenado»[213].

«Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará»[214].

Prometía Jesús, el Maestro, a los Apóstoles, la inmediata presencia activa del nuevo Consolador divino, que recordaría y explicaría fielmente todo cuanto Él les había enseñado y encargado. Pero con el matiz consolador de que ya, previamente, «mora con vosotros y está en vosotros»[215].

El cumplimiento de la promesa

El anuncio, la promesa del Paráclito, que Jesús hizo a los Apóstoles en la última Cena, los cumplió una vez resucitado. En dos momentos: uno inmediato, en el Cenáculo; y otro, posterior, tras su Ascensión y retorno al Padre.

En el primer domingo de la historia, al atardecer, se presentó el Señor de golpe, ya resucitado, ante los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo. «Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuviereis, le serán retenidos»[216]. Y el soplo suave, recoleto, de Jesús acompañó a sus palabras. Lucas añade que entonces «les abrió el entendimiento, el sentido de las Escrituras»[217]. Conexión significativa entre recepción y apertura.

212 Jn 15, 26.
213 Jn 16, 7-11.
214 Ibíd.,13-14.
215 Jn 14, 17.
216 Jn 20, 22-23.
217 Lc 24, 45.

En otro momento y sitio, ni temporalmente ni localmente definidos, «Jesús encargó a los Apóstoles que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, la que me habéis oído... Vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo no muchos días más tarde»[218].

Lucas confirma y matiza ambos pasajes con palabras de Jesús resucitado. «Voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os veáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto»[219].

La permanencia de la promesa en el tiempo

Y sobrevino el gran momento solemne universal. El día de Pentecostés. Ya no era la suave brisa limitada del Cenáculo. Era ahora «un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente y llenó toda la casa, donde se encontraban los Apóstoles sentados... Se llenaron todos del Espíritu Santo»[220]. Con la multiplicación de las lenguas, que, a diferencia de Babel, eran comprensibles para todos los diferentes sectores de los que las oían, y unificadoras de los parlantes y de los oyentes. La universalidad del Espíritu se manifestaba linguísticamente por obra del mismo Espíritu. Y Pedro, dirigiéndose de inmediato a los judíos, que acudieron al lugar, afirmó que Jesús, resucitado, «habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, la ha derramado» sobre nosotros y sobre todos los hombres[221].

La promesa quedaba cumplida. Y el Paráclito quedaba al frente de la Iglesia, de la evangelización de los pueblos, de la santificación del hombre. Ya había estado presente en todo el curso de la vida pública del Señor. En el momento de la concepción virginal de Jesús[222], en el bautismo del Jordán[223], en la transfiguración del monte Tabor[224], en la palabra arcana oída en Jerusalén[225]. Si durante la vida temporal de Jesús fueron su divina

218 Act 1, 4-5.
219 Lc 24, 49.
220 Act 2, 2-4.
221 Act 2, 33.
222 Mt 1, 18; Lc 1, 35.
223 Mt 3, 16; Mc 1, 10; Lc 3, 22.
224 Mt 17, 5.
225 Jn 12, 28-29.

Persona, sus enseñanzas y su ejemplo los factores causales de la fe de los Apóstoles; ahora, es el Espíritu Santo el que dirigirá la vida de la Iglesia, el que sostendrá la barca de Pedro en los días tranquilos y en los mares alborotados, hasta el final de los tiempos.

La confirmación paulina de la adoración del Espíritu Santo

La raíz, la causa, el motivo de la adoración del Paráclito es su personalidad divina. Y además actúa, como dato fundamental verificado, la promesa ya cumplida de Jesús. Esta debida adoración ha adquirido desarrollo espiritual, personal y comunitario, en nuestra liturgia latina. Y tiene en las cartas de san Pablo la gran normativa práctica, rectora, impulsora y garantizadora del curso de la adoración del Espíritu Santo a lo largo de la historia posterior de la Iglesia y de la humanidad.

Primera comprobación paulina de la donación recibida: «Poseemos las primicias del Espíritu»[226]. No sólo como prenda, divinamente garantizada, de la futura gloria, sino como posesión actual, anticipada, presente ya en el tiempo de ese futuro. La liturgia latina, en el trinitario himno ambrosiano del *Splendor paternae gloriae*, lo consigna con una imagen sorprendente y real: «Bebamos alegres la sobria embriaguez del Espíritu». Y lo mismo pide la Iglesia en el himno, igualmente trinitario, del *Deus de nullo veniens*: que el Padre, Señor del universo, y el Verbo encarnado, *«de Virgine natus»*, nos llenen, nos colmen interior y exteriormente del Espíritu Santo.

«Todos hemos bebido, precisa san Pablo, de un solo Espíritu»[227], porque todos hemos recibido y vivimos del mismo Espíritu: «La caridad –*caritas*– de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu santo, que nos ha sido dado»[228].

San Pablo, receptor de altísimas revelaciones para bien de la Iglesia, da un supremo y asombroso desarrollo práctico, operativo, a esta singular y común situación del cristiano:

226 Rom 8, 23.
227 1 Cor 12, 13.
228 Rom 5, 5.

«Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. No habéis recibido un espíritu de esclavitud... sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos *Abba*, *Pater*. Ese mismo Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él»[229].

Inciso este último de suma importancia, y neta advertencia, que corrobora la acción del Espíritu en orden a la com-pasión del cristiano con la Pasión de su Salvador.

Y sigue el Apóstol de las gentes exponiendo la acción del Paráclito en la vida interior y exterior del cristiano:

«El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu y que su intercesión por los santos es según Dios»[230].

Tras lo expuesto, Pablo propone la sede propicia para la adoración del Paráclito, del «perpetuo dulce huésped del alma». Reitera esa sede. «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros»[231]. «¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios?[232].Nosotros somos templos vivos de Dios»[233].

Tres corolarios prácticos orientadores

Es menester recuperar la devoción al Espíritu Santo. La *devotio medievalis* y la liturgia latina, de ella en buena parte derivada, la mantuvieron y la desarrollaron espléndidamente. La devoción moderna algo la ha descuidado. La predicación, la catequesis y la literatura piadosa no le han

229 Rom 8, 14-17.
230 Ibíd., 26-27.
231 1 Cor 3, 16-17.
232 Ibíd., 19.
233 2 Cor 6, 16.

prestado la atención debida. La actual espiritualidad debe recuperarla, e intensamente. Lo pide la misma guerra, que la Iglesia sufre actualmente. El desconocimiento y el olvido de la devoción al Paráclito constituyen un grave quebranto de la vida cristiana plena.

Segundo corolario. Es adoración la del Espíritu Santo practicable en todo lugar y circunstancia. Su templo es también en no pocas ocasiones el corazón devoto del cristiano. Sus oraciones, las vocales consagradas por el uso de los siglos. Sus peticiones, las de la situación personal y las del medio circunstancial. Y sus desahogos, los de cada día, que la vida ofrece. El Espíritu Santo es el médico divino diario y el dulce huésped permanente de las almas.

Tercer y último corolario. No se da, no puede darse, colisión alguna entre la adoración del Santísimo y la del Espíritu Santo. Son complementarias. La del Santísimo Sacramento –Paráclito Él también– perpetúa en el tiempo la presencia física entre nosotros del Verbo glorioso encarnado. Es la adoración específica al Redentor y a la cruz gloriosa, en la que nos redimió. La adoración del Espíritu Santo recae sobre la Tercera Persona presente también en la Iglesia y en el alma de los fieles; y atenta a la asistencia diaria, llevándonos a Jesús en la Misa y en el Sagrario, explicándonos el magisterio del Salvador, y subrayando que Jesús es el camino, la vida, la luz, la vid, la puerta, la resurrección, el Señor, el Juez de vivos y muertos. En la adoración al Espíritu Santo se obtiene la gracia de no olvidar la sacratísima humanidad de Jesús, punto sobre el cual insistió con tanto acierto nuestra santa Teresa de Jesús. Nadie llega al Padre, si no es por Jesús. Nadie llega a Jesús, si no es por el Espíritu Santo.

Capítulo 7

LA PLENITUD DIVINA DE LA ADORACIÓN CRISTIANA

Conviene adelantar dos observaciones preliminares, antes de intentar describir la divina plenitud de la adoración cristiana.

Primera observación.

Buena, necesaria y urgida por el Señor es la oración de petición: «Pedid y recibiréis»[234]. Obligada y debida la acción de gracias: «Dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre»[235]. Reparadores y purificantes son el reconocimiento, el dolor de corazón y la confesión de los pecados cometidos, de nuestras ofensas al Señor: «Apiádate de mí, Dios mío, según tu gran misericordia»[236]. Consoladora y esperanzada la canción de la confianza en Dios: «En ti, Señor, confía mi alma»[237].

Pero podemos y debemos preguntarnos: ¿Adoramos a Dios? ¿Advertimos la prioridad, que la adoración tiene en el trato con el Señor? ¿Nos concentramos en el simple acto supremo de adorar en reverente silencio a la Trinidad beatísima? ¿Damos la debida preferencia al mandato máximo del Señor: «Adorarás al Señor tu Dios y a él solo servirás?»[238]. «Le amarás con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»[239].

Segunda observación.

Cuanto en estas postreras reflexiones se expone se halla contenido en las grandes realidades –dogmas definidos– de la historia de la salvación: la creación del universo material, la aparición de la vida, la formación del hombre, la tragedia del pecado original y sus consecuencias, la redención consiguiente por obra del Verbo encarnado, el Cuerpo místico total de Cristo, y la derivada comunión –intercomunicación– de los santos.

---

234 Mt 7, 7.
235 Ef 5, 20.
236 Sal 50, 3.
237 Sal 56, 2.
238 Mt 4,10; Deut 5, 9.6, 13.
239 Deut, 6, 4-5.

La realidad binaria de la adoración

Es muy conveniente, más aún es de todo punto necesario, reflexionar sobre esta absoluta primacía de la adoración a Dios debida. Porque el centro de nuestra actitud ante Dios, el punto focal de nuestra relación con Él está situado en la adoración, en la actitud adorante. La adoración constituye la estructura fundamental del ser humano.

No hay palabras, no disponemos de expresiones, carecemos de experiencias naturales, que puedan servir de apoyo para definir, explicar, salvar la infinita distancia, que media, que se abre entre el sujeto adorado –Dios eterno– y el sujeto adorador –el hombre, varón o mujer, ilustrado o rudo, joven o anciano–. El adorador tiene, por don recibido de lo alto, la percepción clara de hallarse ante la infinita realidad suprema de la divinidad. Más aún, el que adora percibe que entre los dos extremos de esta inefable dualidad única, se da una conexión cierta, una comunicación hondísima, luminosa y oscura a la vez, pero real y misteriosamente perceptible. Para las realidades humanas nos basta el lenguaje humano. Para las realidades divinas hay que oír, escuchar, recibir y aceptar el lenguaje, silencioso y elocuente a la vez, de Dios.

Importa detenerse en esta irrepetible realidad binaria, única, pasmosa, de la adoración: Dios y el hombre. Los dos interlocutores de este acto asombroso. Dios, cuyo conocimiento natural, en cuanto a su existencia, está al alcance de la razón y del corazón del hombre. Dios, cuyo ser íntimo, cuya naturaleza escapa a la sola razón, y se ha ido manifestando progresivamente en la historia humana por los *«semina Verbi»*, por la Revelación paleotestamentaria, y por la humanamente imposible y divinamente realizada encarnación del Verbo.

Sólo Él, el Unigénito del Padre, asumida la naturaleza humana, abre al hombre, que lo adora, una especie de creciente conocimiento sapiencial, por virtud del cual el adorador vive, experimenta, percibe la inmensidad infinita del Señor, de su voluntad de diálogo, de su grandeza; y como cima del asombro, el amor –la *«caritas divina»*–, con que Dios, la Trinidad, envuelve al adorante. Y éste, pobre criatura, pecadora, nada absoluta por sí mismo, se siente sobrecogido por la invitación, que del Señor recibe, al diálogo íntimo, personal con Él.

Tienen razón los que afirman que la adoración es pura mirada en silencio, con palabras y sin ellas, al Dios de la misericordia. Que la adoración es soledad divinamente acompañada. Que la adoración es recibida elevación del hombre, suprema e inmerecida, al solio eterno de la santísima Trinidad. Que la adoración es el encuentro del hombre a solas con Dios en el sagrario recóndito de su conciencia[240].

Tras este breve apunte, necesariamente pobre, radicalmente insuficiente, de los dos interlocutores, podemos pasar a la singular situación del adorador cristiano y aun de todo sincero adorador. Todos sabemos que con el bautismo recibimos la capacidad de ser, por puro regalo del Señor, profetas, sacerdotes y reyes. Lo anticipó Yahvé en la teofanía del Sinaí ante el pueblo de Israel: «Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa»[241]. Y lo confirmó la revelación recibida por san Juan: «Jesús nos ama y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre, y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre»[242].

Conviene centrar ahora la atención en el don del sacerdocio. Todo bautizado es radicalmente y necesariamente sacerdote. No somos sacerdotes ministeriales, ordenados con el sacramento del Orden. Somos simplemente, pero realmente, sacerdotes bautismales. Entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio bautismal se abre una diferencia cualitativa, esencial, fijada por el Señor. Pero como sacerdotes bautismales somos todos liturgos. Repito, liturgos. Requiere este término sustantivo una breve explicación.

La adoración como suprema liturgia

El sustantivo *liturgo* no está recogido en el diccionario de la Real Academia de la Lengua. Pero sí tiene vigencia plena en el lenguaje de la liturgia cristiana, tanto de la latina como de la oriental. Porque el término *liturgo* viene del latín y Roma lo tomó, a su vez, del griego *leiturguía,* y de su derivado *leiturgós,* los cuales términos significaban una función administrativa, oficial, pública, no meramente privada. Y el sujeto actor de tal función pública tenía una reconocida significación civil activa, de la que luego derivó el significado cristiano.

240 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1776.
241 Ex 19, 6.
242 Apoc 1, 5-6.

La Iglesia oriental primero y luego la Iglesia latina cristianizaron el significado pagano de dichas palabras griegas. Es *liturgo* el bautizado, porque tiene y ejerce la función pública, el ministerio oficial del culto divino. Como sacerdote debe reverenciar, servir, obedecer, amar y ofrecer a Dios sacrificios. En una palabra, debe adorar a Dios.

Más todavía. El verbo latino *litare*, con dativo, significaba en el paganismo de la vieja Roma ofrecer a los dioses o a un dios determinado un sacrificio, aplacarles o aplacarle sacrificando una víctima. *Liturgo* era, pues, el sacerdote, que sacrificaba y ofrecía una víctima a los dioses del panteón politeísta romano. Y aquí está el inmediato precedente pagano del sentido cristiano de la *liturgia*; y también el motivo causante de la distinción divina de los dos sectores del sacerdocio cristiano: el sacerdocio común de todo bautizado y el sacramental específico del Orden. Distinción establecida personalmente por el Señor al instituir, en la última Cena, la Eucaristía, y al servicio de ésta el sacerdocio de la Nueva Alianza, que abolió el de la antigua Alianza: *«Novum in saeculum sacrificium»*.

Aclarado el origen y fijada la distinción de los dos niveles del sacerdocio cristiano, vuelvo al nivel del sacerdocio bautismal o común. Importa sobremanera conocer, y sobre todo importa vivir, la realidad, la plenitud de este común sacerdocio. El cristiano, todo cristiano, al adorar a Dios, al dar a Dios el culto latréutico, que le debemos, actúa como «liturgo de la creación» visible, ya que ejecuta, interviene activamente, en «el concierto espiritual maravilloso, de dimensiones planetarias», que toda la Iglesia, la del tiempo y la de la eternidad, canta[243].

La adoración como coral voz humana del universo

Es menester subrayar esta plenitud de la adoración cristiana, no siempre advertida, pero cargada siempre de realidad divinamente urgida.

El que adora a Dios, aquí y ahora, está individualmente ante el Señor, subjetivamente a solas con Él. Pero no está solo[244]. Adora también como representante, delegado o portavoz. ¿Representante, delegado o portavoz de qué o de quiénes?

243 PABLO VI, Ángelus del domingo de Pentecostés, 10 de junio de 1973: IP XI, p. 480.
244 Ver Mt 6, 4.6.

Al adorar a Dios estamos prestando nuestra voz humana, libre y consciente, a la universal sinfonía callada, inmensa, creciente, que el entero universo en expansión está cantando en silencio desde su creación, hace miles de millones de años, y seguirá cantando hasta el último día. Dijo Platón que la música es el alma del universo. Intuyó algo, se aproximó, la música callada, pero no podía dar en la diana. Lo que da alma de coral sinfonía gigante al callado universo es la adorante alabanza conjunta, que en nombre del cosmos entona el entero Cuerpo Místico de Cristo.

Cántico limpio, armónico antes del pecado humano original. Canción que, tras este desorden inicial, continúa entonando el universo con las discordancias sobrevenidas, que ese pecado introdujo en su permanente armonía originaria. Lo consigna san Pablo en el oscuro pasaje, casi fotográfico, de su carta a los Romanos[245]. Valen, a pesar de ello, las naturales expresiones admirativas del salmista en el salmo 8 y en el 18: su alabanza ante los cielos silenciosos, que, creados por Dios, cantan su gloria; cielos callados, que se alzan y se mantienen ante nosotros como una inmensa alfombra o telón divinos de su omnipotente y eterna majestad.

El entero universo, en su continua expansión –15 mil millones de años desde su inicio de la nada, con sus actuales millones de galaxias y de estrellas–, calla; pero su silencio sidéreo encuentra en el hombre que adora al Creador, la voz que convierte ese silencio de la materia en humilde y asombrada alabanza humana. La adoración cristiana es, por ello, necesariamente coral adoración cósmica, universal.

Al elevar a Dios, con el culto de la adoración, el canto afónico del universo, podemos repetir con gozo agradecido la alabanza de la reina Ester: «Eres el Señor del universo. Todo lo creaste de la nada: cuanto la tierra y los cielos contienen. Por eso en tus manos están todas las cosas. Y nadie puede resistir, hacer frente a tu voluntad»[246].

245 Rom 8, 19-20.

246 Est 13, 9,10-11. Cf. Jn 10, 28-29.

La alabanza conjunta de la gloria y de la tierra

No sólo esto. Hay más. En la adoración cristiana se da una segunda representación o portavocía coral. Al adorar personalmente a Dios aquí en el tiempo, lo hacemos unidos a la adoración eterna, que no tendrá fin, de los coros angélicos fieles y de las inmensas muchedumbres innumerables de almas bienaventuradas, que contemplan ya cara a cara la luz del rostro de Dios.

En virtud de la comunión, de la comunicación de los santos, que no necesita satélites, ni radios, ni móviles, ni pantallas, la Iglesia de los viadores, de los peregrinos, une, entre dolores y gozos, entre esperanzas y temores, entre oscuridades y luces, entre miserias humanas y gracias divinas, su voz esperanzada a la voz ya asegurada de cuantos, millones y millones de almas bienaventuradas, cantan en la gloria el himno perpetuo de las infinitas grandezas de Dios.

Lo recuerda nuestra liturgia en numerosas ocasiones. Reiteradamente, en varios momentos del sacrificio de la Misa. Y en la liturgia pascual; en la oración suplicante del oficio de difuntos; en no pocas piezas de la himnodia latina; en la letanía de los santos; y en la devota intercomunicación fraterna, que mantenemos con los de arriba cuantos vivimos todavía aquí abajo.

La *«coelestis curia»*, el *«coelestis chorus»*, une el himno bienaventurado de su común alabanza perpetua a la adoración de los que todavía caminamos, como novicios de la eternidad, confiados en la infinita misericordia de Dios, misericordia, que es, como consigna la liturgia, la máxima manifestación de la omnipotencia divina.

Lo ha recordado expresamente el concilio Vaticano II:

> «Cristo Jesús, Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, al asumir la naturaleza humana, introdujo en este terrestre exilio, aquel himno, que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. Él en persona une a Sí la comunidad entera de los hombres y los asocia al canto de este divino himno de alabanza»[247].

247 Constitución *Sacrosanctum Concilium* 83: AAS 56 [1964] 121.

Con toda razón podemos repetir la conclusión, con que el libro del Eclesiástico cierra el himno de la creación, su inmortal gran himno bíblico de la alegría: «¿Quién puede cansarse de cantar la gloria de Dios?»[248].

La alabanza de la tierra, de la Iglesia peregrina

Y queda el tercer momento de la coral plenitud divina de la adoración cristiana.

Cuando, el adorador, recogido en la soledad de su desierto interior, se hace vocero del silencio del universo y se siente, en pura fe, miembro del coro de los glorificados, ángeles y bienaventurados, el Señor le hace fiel portavoz, limpio altavoz, externamente callado, pero interiormente sonoro, del cántico que también la tierra, nuestro planeta, eleva a su Creador y mantenedor divino.

Es el canto del monte, del bosque y de la llanura, del río y de los mares, de la fauna y de la flora, y de la misma humanidad entera de todos los tiempos. Lo recordamos en la Misa, al concluir el Prefacio, que introduce en el Canon. El sacerdote y el pueblo fiel lo cantan conjuntamente: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria».

Pero en el pentagrama de este tercer movimiento de la total sinfonía adoradora –el canto de la tierra– surgen graves notas disonantes, que no pueden olvidarse.

Las notas del canto global de la tierra resuenan limpias, tersas, claras, impolutas en el alma del adorante. Pero en las notas procedentes de la entera humanidad, de la de ayer, de la actual y de la del mañana, junto a la confortadora nitidez de la virtud de muchos, de las muchedumbres de los fieles, resuenan oscuras, discordantes, graves y gravísimas, las notas desconcertadas por el pecado, por los pecados personales, todos somos pecadores, y por los pecados públicos socializados, colectivos, los que san Juan Pablo II calificó de estructuras de pecado y antes llamábamos pecados colectivos.

Quien, movido por la gracia, se acerca a Dios para adorarle en justicia y en verdad, percibe, debe percibir, la necesidad de introducir inexorablemente en su canción de alabanza las notas del arrepentimiento humilde,

248 Eclo 42, 25.

de la sacrificada y general reparación. Es la reparación un aspecto particular ineludible de la función representativa de la adoración cristiana. Es como reedición de la súplica divinamente negociadora de Abrahám ante el inminente castigo de Sodoma. Quien en adoración se acerca y postra ante Dios, uno y trino, por el único camino disponible, que es Jesús, el Redentor de la humanidad, tiene el deber de ejecutar el *«satisfactionis officium»*, el deber de reparar, al que estamos obligados por nuestros propios pecados personales y por los de toda la humanidad.

Hoy pretenden algunos poderosos montar un nuevo politeísmo, el de la diosa Tierra, con pretendida mayúscula, la que llaman Geolatría, como nueva diosa laicista, que sustituya al único Dios verdadero, creador y mantenedor de nuestro maravilloso planeta azul y del total universo en continuada expansión. La cruz es compañera inseparable de la vivencia adoradora. No podrán los nuevos politeísmos borrar la presencia de la cruz, que se mantiene enhiesta en el correr de los siglos. No podemos, al orar, olvidar, menospreciar, disminuir esa suprema nota reparadora del pentagrama de la adoración cristiana, más aún de toda adoración genuina.

Tiene finalmente la adoración, como portavoz de la humanidad, otra función, la intercesora, conexa con la anterior. Intercesión en pro de los necesitados, particularmente de los pecadores. La adoración posee eficacia divina para convertir a los pecadores. Es como uno de los factores integrantes de la virtud, contrapartida del pecado. Es una de las piezas capitales de la estructura divina, que equilibra y aun supera las estructuras humanas de los pecados colectivos. Frente a los pecados colectivos las alabanzas de las adoraciones colectivas.

Nuevo apunte final de actualidad

Concluye el desarrollo de este tema capital con un nuevo apunte y un comentario cauteloso.

Apunte. La adoración cristiana tiene un momento supremo reiterado a diario: el *«novum in saecula sacrificium»*, el sacrificio de la misa, repetición del Calvario y de la resurrección del Señor; y dispone de dos derivados, la adoración eucarística del Sacramento reservado en el sagrario y la vida debidamente reparadora. Supliendo olvidos, compensando rutinas,

remediando indiferencias, y cubriendo negaciones. Quede consignado este apunte como obligado recordatorio, que exige desarrollos particulares, que no son del momento presente.

Comentario. Hoy día, –menester es repetirlo–, el ambiente no facilita ni el silencio interior ni la soledad del espíritu. Todo lo contrario. Los obstaculiza. Más aún, los intenta impedir. Y esta situación afecta también, y no levemente, a quienes nos profesamos cristianos. No caben estadísticas, ni siquiera mediciones estimativas en este delicado campo de la vida interior. Pero sí cabe presumir que algo ha bajado entre nosotros el nivel de la oración contemplativa adorante, latréutica. Aunque puede con motivo añadirse que se mantiene poderoso el cultivo de esta inmensa parcela en los restos del nuevo Israel, en las praderas de la santa Iglesia por el Señor cuidadas, y por no pocos fieles de todo orden humildemente atendidas.

Las almas interiores, guiadas por el Espíritu Santo, suelen rodear y aislar el diálogo íntimo, con el santo muro discreto del silencio exterior.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
EL MANDAMIENTO DE LA ORACIÓN A DIOS DEBIDA
DE CEU EDICIONES, EL DÍA 7 DE ABRIL 2022,
FESTIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE,
EN LOS TALLERES DE FORLETTER, S. A.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

Asociación Católica de Propagandistas

El mandamiento de la oración a Dios debida

En este libro se puede encontrar un itinerario altísimo, fino y delicado que nos lleva, casi sin querer, como por connaturalidad, a la contemplación de Dios. Eso es por sí solo un motivo para su lectura y reflexión. Es como si con sus escritos el que escribe nos dijera: «Quiero vivir a la altura de mi deseo infinito». Pero la persona que viene al mundo normalmente llega con los grandes interrogantes de la existencia: se pregunta de dónde viene, tiene la dificultad de saber por qué se muere, por qué hay tanto dolor, qué quiere decir tener amigos, saber acerca de la verdad y la mentira, acerca del bien y del mal… ¿Habrá algo que resista el paso del tiempo? ¿Algo capaz de vencer y salvar a este mundo y sus hombres sometidos a la muerte, el dolor y el paso del tiempo?

Aquí se descubre audaz. En un mundo como el nuestro, donde se pone en duda toda verdad dogmática, toda relación con lo trascendente, D. José Luis nos ofrece un manual que, en plena conexión con la tradición de la *lex orandi* y la *lex credendi*, nos lleva a la adoración y a la celebración de un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad que nos habita y hace de nosotros templos vivos para su gloria y alabanza.

ISBN: 978-84-19111-05-0